

EN TIERRAS DE YEBALA

OBRAS DE ISAAC MUÑOZ

NOVELAS DE ESPAÑA

Vida (agotada).
Voluptuosidad, 3 ptas.
Morena y Trágica, 3 ptas.
Alma Infanzona, 3 ptas.

NOVELAS ÁRABES

La Fiesta de la Sangre, 3 ptas.
Ambigua y Cruel, 3 ptas.
Lejana y Perdida, 3 ptas.

ESTUDIOS

Libro de las Victorias, 3 ptas.
La Agonía del Mogreb, 3 ptas.
Política Colonista, 3 ptas.
En el País de los Cherifes, 3 ptas.
La Corte de Tetuán, 2 ptas.
En tierras de Yebala, 3 ptas.

R-42.497
C. R. ...



1
AB
881

En tierras de Yebala

: : : : : MCMXIII : : : : :

MADRID. IMPRENTA DE J. PUEYO.

MESONERO ROMANOS, NÚMERO 34

ES PROPIEDAD

TETUÁN

Desde época muy lejana, Tetuán, la hechizada ciudad santa del Mogreb, era, sin duda, la población jerifiana de más claro y puro abolengo español, y desde tiempos más cercanos, esta insigne villa, que evoca las más peregrinas y gentiles fantasías árabes, ha ido evolucionando de manera tan suave y metódica como imperceptible y fácil, hasta adquirir un alma profunda y esencialmente hispana.

La colonia española tetuaní, aunque bizarra y dotada de singulares condiciones de adaptación, hasta hoy ha sido muy poco numerosa, y esta sober-

bia labor transformadora se ha llevado á cabo operando con habilísimo acierto sobre los tradicionales elementos hebraicos y moriscos.

Ciertamente, todos los poderosos y tentaculares núcleos de israelitas dominadores de las corrientes de comercio de esta zona, son descendientes de aquellos excelsos hebreos que en los siglos medios de España fueron el cerebro y el nervio de la nación, y una parte muy extensa de los nobles próceres tetuaníes, son oriundos de aquella prodigiosa Garnatha de los Nassaries, que floreció magamente en el tiempo de púrpura y oro del Islam; pero estas mismas razones de estirpe y de fatalidad fueron causa de que en época ya pasada alentara en la ciudad de Sidi-El-Mandris un odio secular y fanático contra la cruel España, que

los había arrojado de su suelo con un desvío tan funesto como poco piadoso.

La obra, pues, de atracción, de aproximación, de contacto vivo y eficaz, de paulatina y mesurada destrucción de todos los viejos prejuicios y de todas las sangrientas leyendas, revela las evidentes excelencias del sistema colonista cifrado en el intercambio espiritual, en la cultura, en el afecto dulce y directo que produce un estado superior de civilización.

Intentar dar á nuestra acción un aspecto áspero, duro, hostil, de conquista, equivale, no sólo á mantenerse indefinidamente en una situación inquieta, equívoca, inestable, sino á que nuestra dominación no tenga jamás esa raigambre vasta y compacta, indispensable en toda colonización que

no sea una abrumadora carga onerosa para un Estado.

Nuestro problema colonista no puede, no debe ser en modo alguno ese Rif casi desértico, poblado de salvajes berberiscos refractarios a toda evolución, sino esa Ceuta, rival de Gibraltar, situada soberbiamente sobre el Mediterráneo para absorber el comercio de Oriente; ese Tetuán, el más encantado ensueño árabe, con una magnífica población culta, fastuosa y aristocrática de moros y de hebreos, con una potencialidad agrícola verdaderamente fabulosa, con una tradición artística, semejante á la de nuestra Granada, con una industria quizá un poco rudimentaria, pero que puede transformarse en acabada, con una riqueza minera formidable; ese Garb, que fué el antiguo granero de

la Roma imperial, con sus ciudades, Larache, Alcázar y Arcila, y ese Tánger, mi ciudad, mi divina ciudad, la mas bella de la tierra, que á pesar de su internacionalismo diplomático, de su extraño cosmopolitismo, será siempre de medula española, y será una de las más grandes, de las más activas, de las más desbordantes ciudades del futuro.

Es indispensable avanzar por este mismo camino llano, recto y luminoso, sin que absurdos guerrerismos ni ligeras y destempladas arbitrariedades, ni decadentes pesimismo, ni estúpidas indiferencias puedan torcer el vigoroso rumbo emprendido.

Ha llegado el instante máximo y definitivo de obrar, de poner en ágil tensión nuestra fuerza cohibida y medrosa, y obrar en estos momentos

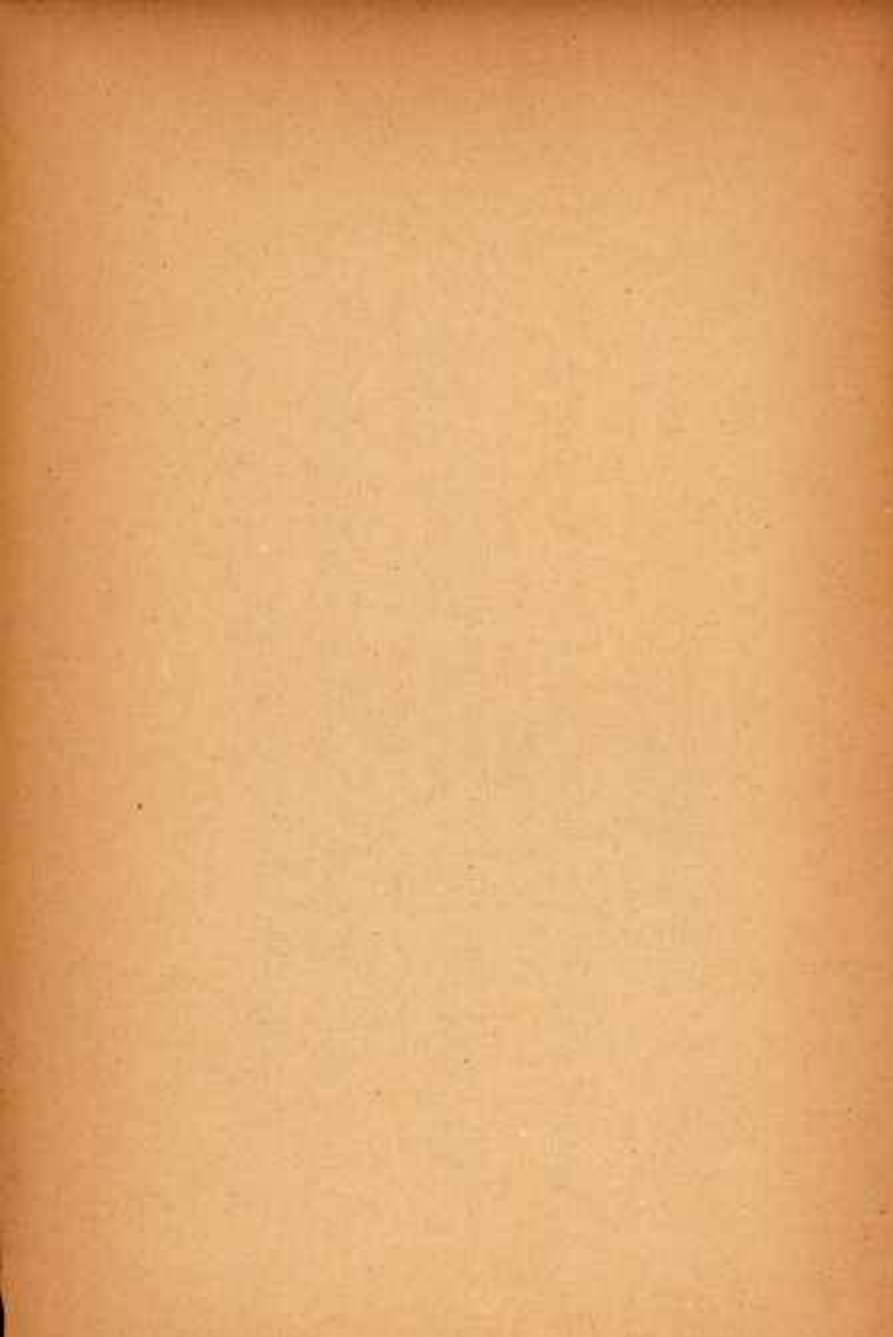
quiere decir llevar al Mogreb, con nuestra cultura, toda nuestra espiritualidad; con nuestro comercio, perspectivas de riqueza para el indígena y para nuestra pobre industria sin mercado; con nuestra colonización, métodos nuevos que refresquen la vieja y oxidada constitución política jerifiana y la nuestra, tan semejante á ella en seculares morbosidades.

Nuestra labor no puede ser la de destrucción, sino la de creación.

Olvidemos aquellas páginas romancescas del Tetuán de Prim.

El Tetuán de hoy debe ser la primera página de la España futura, audaz, fuerte, poderosa; pero inteligente, fría, disciplinada y dominadora.

EL RUMBO MOGREBÌ



Momentos son los actuales de una crítica y decisiva importancia, porque de la orientación que hoy demos á este magno y complejísimo problema, de la marcha regular y sostenida que hoy imprimamos á este naciente y poderoso movimiento expansivo, dependen, no solamente el equilibrio y el prestigio de nuestra actuación política en los planos europeos, sino el renacimiento de nuestra personalidad nacional, detenida y circunscripta dentro de los rígidos límites solariegos.

La perspectiva mogrebí no es es-

cuetamente una simple cuestión de orden internacional, un imperativo político al que nos obliguen consideraciones de índole descarnadamente diplomática, sino que con su vasta extensión, con su heterogénea multiplicidad, con sus horizontes clarísimos ha de convertirse en la más vital, en la más alta, en la más transcendental aspiración de nuestra raza.

Hasta hoy, España no ha podido tener la visión diáfana y precisa del soberbio y accesible futuro africano. Contadísimos han sido los investigadores del maravilloso país del Mogreb, y la parte mayor de estos raros estudios, tan secos, tan adustos, tan manidos, de retina tan pobre y tan oscura, que el ideal africanista en vez de exaltarse con briosos acentos vehementes se ha empequeñecido has-

ta hacerse algo tan hostil como remoto.

Por otra parte, acontecimientos engendrados por una política con exceso aventurada y ligera, han dado caracteres más acerbamente ásperos á esta cruzada del africanismo, que si se encauza con impulso sabio y sereno, es la única llamada á despertar las aletargadas energías de nuestra patria.

Si nuestra futura labor africana ha de ser próspera, fecunda, compensadora de todos los esfuerzos que nos cueste su iniciación, no puede concretarse á ser la obra de un solo organismo, de una privilegiada entidad, de una de esas poderosas Compañías que, pródigamente protegidas por los Gobiernos, y subterráneamente ramificadas, acaparan todo lo que hay de

más sano y fértil en la entraña del país, llamándose unas veces Ligas coloniales y otras Asociaciones hispano-africanas, sino que ha de ser empresa fundamental y verdaderamente nacional, en la que colaboren con aliento ardoroso y con fructífera unanimidad todas las fuerzas vivas y activas de la patria.

Deber primordial y capitalísimo es para nuestros políticos crear un conjunto doctrinal que actúe de norma inteligente y constante para todos los rumbos de nuestra acción colonizadora; pero de igual manera es deber imperioso é ineludible desentumecer el problema, hoy encogido y raquítico, infundiéndole sangre robusta y dinámica con la vital é impetuosa fuerza de la popularidad.

Separar, además, el problema de su

raigambre esencialmente popular, presentándolo aisladamente con un carácter específicamente civilista ó duramente militar, es desviar y deformar violentamente los términos de la cuestión y desgarrar toda lógica y necesaria tendencia hacia un plan que debe aparecer lleno de coherencia y de armonía.

La política que habrá de desenvolverse en el Mogreb, no será especialmente civil ni determinadamente militar, sino íntegramente española, nutrida con la cooperación eficaz y animadora de todos, absolutamente todos los organismos nacionales.

De alcance extraordinario y de importancia singularísima ha de ser, sin duda alguna, la misión encomendada á nuestro Ejército en la zona española del Mogreb, y muy especialmente

en las tierras hoscas y crueles del Rif; pero de idéntica importancia ha de ser la obra agrícola, industrial, financiera, cultural, que otros elementos de poderosísimo relieve desarrollarán con formidable impulso.

Una vez más repetiremos que nuestra Residencia en el Mogreb no puede en modo alguno ser un anacrónico y absurdo virreinato, sino un órgano activo que refleje y secunde el pensamiento motriz de la nación.

Y para que este pensamiento difuso y obscuro se exteriorice en formas prácticas y categóricas, es de todo punto indispensable la creación de un Centro directivo, integrado por ingenieros, por técnicos de la agricultura, del comercio, de la política colonial, de la cultura, del africanismo, de la Administración, etc.

No se trata solamente de dominar territorios, ni de explotar minas, ni de crear mercados, ni de abrir á la moderna agricultura espléndidos territorios de una fabulosa potencia productora, sino que se trata también de preparar la evolución de una raza, de muchos millares de hombres estacionados, por la influencia saludable y renovadora de la cultura.

España debe redimirse ante el fulgurante horizonte del nuevo Imperio africano; pero ha de redimir también al bárbaro y fanático Mogreb actual, haciéndolo parte viva y substancial de la patria.

Toda la grandeza de la España futura depende casi exclusivamente del acierto que hoy dirija los rumbos de nuestra política.

Si España en estos instantes no se

transforma en nación activa y dinámica, puede esperar con miserable resignación que suene la hora final que ha interrumpido los destinos de la vieja y estática Turquía.

LA GUERRA

El irregular y tumultuoso movimiento guerrero desarrollado con incongruente proceso en nuestra zona del Mogreb, agoniza falto de resistencia ordenada, de dinamismo metódico, de vitalidad sostenida, y es el momento propicio y oportuno de analizar con frialdad y sin prejuicios las causas fundamentales de esta excitación montañesa, que ha surgido vasta y fiera, con simultaneidad absolutamente extraña y desusada en las viejas costumbres de combate del Imperio jerifiano.

Por la heterogénea contextura étnica; por el sentido violentamente defi-

nido de individualismo intransigente; por el aislamiento tenaz, hosco, cerrado; por la carencia total de instintos uniformes de comunidad, de colectivismo; por el nomadismo aventurero que aún alienta en muchas tribus sedentarias, y que es un recuerdo ancestral de la remota vida del desierto; por razones harto sabidas, podemos observar con inmutable continuidad que desde los más lejanos tiempos históricos jamás se ha dado en el Mogreb el caso interesantísimo de que una rebelión aparezca densa, nutrida, sujeta á un primordial plan directivo y articulada de una manera sistemática y precisa.

Este actual episodio guerrero no puede, no debe ser incluido en el concepto de guerra santa, de cruzada del Islam contra una dominadora religión

enemiga, porque la rebelión no surgió en aquellos primeros y decisivos momentos en que la exaltación religiosa pudo haber tenido más crepitante impetuosidad, ni las predicaciones y clamoreos de algunos fanáticos en el venerado santuario de Muley-Abd-es-Selam se extendieron entre los devotos de las tribus con fecunda germinación.

Tampoco debemos suponer con fácil engaño que la sangrienta algara ha sido consecuencia natural y obligada de nuestra dominación, porque la ocupación se realizó quieta y serenamente, y no sólo los más aristocráticos próceres ciudadanos, sino los más notables caudillos de la montaña, rindieron más tarde patentísimo homenaje de sumisión al jalifa de nuestro Imperio, al jerife Muley-El-Mejdi.

Es forzoso, pues, pensar por todas estas indudables razones, que otra causa imperiosa y motriz ha sido la determinante del actual estado de cosas, y que otro impulso menos espontáneo, aunque quizá más vibrante y agudo, ha sido el engendrador de la trágica aventura.

Para todos los que desde hace largo tiempo estudiamos con más ó menos fortuna las complejas modalidades del problema mogrebí, existe un enigma hosco, impenetrable, cada día más velado y misterioso, que en muchas ocasiones ha cerrado con la obstinada violencia de un imperativo el curso regular de nuestros cálculos, fríamente metódicos, como deben ser todas las resultantes de la geometría política moderna, y este enigma, siempre inquietante, se encarna en la figura

caudillesca y medioeval de Sid-El-Raisuli.

El Raisuli, desde tiempo no cercano, ha venido tenaz, obscura, subterráneamente, laborando en la sombra con dura persistencia, con actividad infatigable é implacable, y de una manera resuelta, terminante, categórica, podemos afirmar hoy que el supremo motor de este movimiento, el alma máxima de esta rebelión, ha sido el fiero y tenebroso personaje de Arcila.

Claro es que el impulso iniciado por El Raisuli no hubiera tenido eficaz repercusión en nuestra zona tetuaní, sin el concurso precioso de otros factores fundamentales y sin la predisposición instintiva de las tribus á la guerra y á la aventura; pero estos factores los ha tenido cumplidamente el caudillo con la ayuda poderosa de Larbi Bulaich

El Valiente, y con el enorme y descarado contrabando de armas realizado con mercaderismo despreciable por los propios españoles.

Yo, que he sido quizá el más grande, el más fraternal de los amigos del moro *Valiente*; que le he seguido en sus bizarras aventuras de la montaña; que le he acompañado en lejanas fiestas "yeblies"; que tantas veces he asistido á sus trágicas y obscuras conspiraciones tetuaníes, conozco hondamente su fuerza, su prestigio soberbio entre las tribus, su audacia inaudita, su sutileza extraordinaria, y puedo afirmar rotundamente que sólo él, bajo la inspiración de El Raisuli, ha podido encender la rebelión entre las gentes de Gomara, del Haus, de Wad-Rás, de Anghera, etc.

La vitalísima cuestión queda, pues,

reducida á dos fases definitivas: la ambición absorbente y sin límites de El Raisuli, y la fiereza siempre tensa, siempre voraz, del moro *Valiente*. Concretado á estos términos un problema tan árido y espinoso, es necesario con urgencia apremiante pensar en su única solución posible: ó atraer viva, estable, eficazísimamente á estos dos personajes, cosa no muy segura ni hacedera, ó lo que aún sería más político, anularlos totalmente y transformarlos rápidamente de altivos próceres, reyezuelos de la montaña, en miserables despojos sin fuerza y sin prestigio. Complemento de esta política, la más fecunda, la más penetrante, sin duda, sería seleccionar cada día con más vigilante cuidado una emigración que se extiende lenta y densa por nuestro Imperio, y que en estas pri-

meras etapas de la dura jornada colonizadora acude á toda suerte de procedimientos de tráfico, incluyendo el no muy noble comercio del contrabando de armas.

Aunque esté en la conciencia de todos los políticos directores de la cuestión del Mogreb el culto comprensivo, tineligente, necesario, de las seculares costumbres, de los viejos hábitos tenaces del pueblo mogrebí, es muy conveniente insistir en este punto y llevar al espíritu de todos cuantos puedan intervenir de algún modo en estos asuntos la convicción firme y resuelta de que, penetrando en el Imperio con un brusco y revolucionario criterio innovador, adquirirá ásperas y enconadas dificultades toda indispensable contemporización y toda futura armonía.

Por otra parte, la labor de atracción del indígena por medio de su asimilación en todas las formas del colonismo es inmensamente beneficiosa y destruye hostilidades que, cristalizadas, pueden ser á la larga irremediables.

La opinión no debe extraviarse con lamentable ligereza al juzgar esta efervescencia actual, más bien producto de una hábil maniobra política, que explosión de una protesta latente y profunda, y debe mantenerse ante estas contingencias con alto espíritu y fría serenidad.

Pero al mismo tiempo, sin exageraciones atrabiliarias ni pesimismo que no revelan sino debilidades de la voluntad acometiva y carencia de dominador instinto político, debe, después del análisis y de la reflexión, modifi-

car la contextura de un problema que no puede ser nunca de odio y de sangre, sino de cordial tutela, de noble espiritualidad y de ardiente y renovado amor.

LAS KABILAS COMBATIENTES



La guerra en nuestra zona mogrebí adquiere tal definida persistencia, tal incierta finalidad, tal intermitente, pero segura fuerza, que urge á todo trance, con viva y apremiante diligencia, no solamente construir un eficaz, vasto y consciente plan de acción, sino estudiar en todas sus fases, en todos sus complejos aspectos, á esa misteriosa población montañesa que, hosca, salvajemente solitaria, implacablemente vengativa, hostiliza, acosa, perturba y mata á nuestras tropas, desorientadas entre las ásperas fragosidades cabileñas, desde las gigantescas cumbres yebelianas.

Apenas si en nuestra breve y deficiente bibliografía mogrebi existen apuntes, análisis, de las numerosas, fuertes é importantísimas tribus que componen la zona de nuestro Imperio africano, y excepción hecha de los meritisimos estudios del ilustre y "auténtico" arabista Ricardo Ruiz, no encontraremos en nuestra patria obra alguna que nos ilumine y nos oriente acerca de cuestión tan ardua y fundamental.

Y surge una guerra de la transcendencia de la actual y ni tenemos noticia del enemigo que nos combate ni apenas conocemos la geografía del país que hemos de recorrer.

Evidentemente, el genio de la colonización no es el genio de nuestra raza, ni la clarividencia, el sentido metódico, el instinto de previsión,

son las características de nuestros políticos.

Entre las densas obscuridades, los confusos datos, las fragmentarias observaciones que dificultan tan áridamente el conocimiento exacto de la Yebala, damos algunas noticias que incompletas y no muy luminosas, pueden servir, no obstante, de base para un estudio más amplio, más claro y más proporcionado.

La guerra actual no es un movimiento parcial, concreto, aislado, de tribus determinadas, de limitados contingentes, sino que, producida por la formidable influencia de un prócer prestigioso, ha despertado en toda la región yebeliana con unánime fuerza expansional.

Es, pues, indispensable conocer lo más aproximadamente posible la ex-

tensión y la potencia de la Yebala para trazarse normas precisas de acción política y militar.

Entre las tribus más importantes aparecen la de Rmara, de vasta extensión y situada entre las de Mtiua el Bajr y Chechuan. Los cherifes de Uazan, de tan preclaro abolengo y de tan alta influencia, tienen en esta tribu una venerada "zauia", llamada de Taibia, junto al Guad Tiguis; pero los Ulad Abd-el Salam ben Meschid son los que ejercen en el orden religioso una verdadera y fanática dictadura. Las Rmaras son indudablemente de primitivo origen berberisco, pero pueden considerarse ya como elementos arabizados. Una rama de esta fortísima tribu, la de los Beni Bu Zeranes, perteneciente á la bárbara secta de Sid Ajmed El Filali, con-

serva aún el lejano idioma berberisco y permanece irreductible, como en los tiempos en que siguió ardorosa á las huestes negras de los Almohades. Puede asegurarse que esta brava tribu dispone de unos 80.000 hombres y de unos 30.000 fusiles.

Los Beni Madan forman una tribu pequeña, circundada al Mediodía por las montañas titánicas de Beni Hassan. Esta tribu breve, agrícola, casi sedentaria, apenas dispone de contingentes guerreros, y su importancia no debe ser muy tenida en cuenta.

La tribu de los Beni Said está situada entre Beni Madan y Rmara, y se divide en tres fracciones, con sus cheik correspondientes, llamadas Beni Mezrej, Cheruta el Uta, El Msa. En esta tribu, de origen rifeño, y cerca del Guad Sifelan, tiene una de sus

moradas el orgulloso caudillo El Raisuli y domina en la región con la autoridad omnimoda de un Sultán. Los Beni Said tienen en Anasel una "zauia" perteneciente á los Derkaua y dependiente de Anyera. Esta tribu, rica y vigorosa, puede disponer de unos 5.000 fusiles.

La tribu de los Beni Msauer, dividida en las fracciones de Beni Jar-chen, El Alej y Ait Sefi, está situada muy cerca del Fondak existente en el camino de Tánger á Tetuán. Esta tribu, está afiliada en el orden religioso á la Cofradía de Sid Abdallah Jaddú y es á manera de feudo del Raisuli. Puede calcularse que dispone de unos 1.000 fusiles.

La tribu de los Anyera, dividida en Haus el Rdaba y Haus el Jemis, con sus aldeas de Zania el Bekal, Ain el

Jamra, El Hasan, Ain er Rmel, es sobradamente conocida por los sutiles estudios de Ricardo Ruiz.

La tribu de los Bdaua, situada entre las de Yebel el Jabib y Beni Gurfet, es de escasísima importancia y no puede ofrecer núcleos guerreros compactos.

La tribu de Yebel el Jabib, colocada en la enorme montaña Alam, se divide en varios fragmentos, llamados Dxar, Ajrij, Merj, Ajmar, El Jarub, Jabata, Dar el Felak. En esta tribu, de alguna significación, ejerce gran predominio la estirpe cherifiana de los Beni Arus y puede calcularse que llevaría á una campaña unos 5.000 fusiles.

La tribu de los Ajel Cherif, que es como la fiel custodia de la sagrada memoria del santo Abdesalam ben

Meschih, situada en la vertiente occidental del Yebel Alam, es una de las más fieramente guerreras del Norte mogrebí y dispone de unos 6.000 fusiles.

La tribu de los Beni Gurfet, dividida en Ail el Yebel y Ajl el Uta, depende casi exclusivamente de los cherifes de Uazan y ofrece una importancia guerrera de poco relieve.

La tribu de los Beni Msara, dividida en las aldeas de Bugarra, Beni Guis, Beni Yammal, el Yadyera, Beni Rans, Mtiuia, Beni Kerla, es famosa por su violenta ferocidad y por su tendencia al más bárbaro bandidaje. Dispone próximamente de unos 7.000 fusiles.

La tribu de los Setta, situada entre el Guad Rdat y el Guad el Beid, es una de las raras tribus totalmente

arabizadas. Cuenta con 2.000 fusiles.

La tribu de los Fichtala, enclavada en la cuenca del Ucrera, bajo las sagradas montañas de Muley bu Cheta y Sid Mergs, es considerada como uno de los santos lugares del Mogreb y puede disponer de unos 2.000 fusiles.

La tribu de los Hiaina, de puro origen arábigo, dividida en las fracciones de Ulad Jamram, Ulad Trik y Ulad Errian, es de una importancia excepcional, extraordinaria, no solamente por su riqueza, sino porque dispone de 20.000 fusiles y 2.000 caballos y sus guerreros son de una pujanza acometiva legendaria ya en la eterna historia guerrera del Mogreb.

La tribu de Guad Ras, seccionada en las fracciones de Bu Metac,

Utauin, Suk el Jemis, Dar el Fondak, se componen de gentes dadas á la agresividad y al merodeo y cuenta con unos 3,000 fusiles.

La tribu de Beni Hasan, colocada entre las abruptas montañas cercanas á Chechuan, cuenta con dos cheik, uno que impera en el monte (fukamin) y otro en la llanura (refelin), y se divide en las aldeas de El Jums, Beni Jlits, Cheruta y Beni Musa. Las gentes de esta tribu son duramente fanáticas y cuentan con unos 6.000 fusiles.

La tribu de los Beni Zernal, dividida en las fracciones de Beni Brajim, Beni Jadum, Ain Berda, Beni bu Majam, Beni Ueka y Ulad Kasem, es una de las más copiosamente ricas, de las más nutridamente robustas del Mogreb, y cuenta con unos 20.000 fusiles.



La tribu de los Meziath, situada también en la cuenca del Uerera, pertenece á las tribus "seibus" ó no sometidas. Tiene agregada la aldea de Ulad bu Sultan y dispone de unos 2.000 fusiles.

Las pequeñas tribus de Rerriua, de Senjadya es Redu y Beni bu Chibet cuentan, en conjunto, con unos 3.000 fusiles próximamente.

La tribu de los Beni Arus, situada entre Guad el Jarrub, Lejmes, Sumata y Beni Gorfit, es fértil, abundante, llena de poderío y de riqueza. Se divide en tres secciones: El Kejama, Teidüm y Ulad Abd-Julajad. Es como un señorío de los descendientes de Abdeselam ben Meschich y dispone de 6.000 fusiles.

La fuerte tribu de El-Fahs también ha sido estudiada con admirable tino

por Ricardo Ruiz, y su estudio servirá indudablemente de cumplida guía á nuestros técnicos.

La tribu de los Beni Ider, bien enclavada en la montaña, se fracciona en los zocos de Ez-Zituma, Zlaza Beni Ider, Zauia el Ansar y Menkel, y cuenta con unos 3.000 fusiles.

La brava tribu de la Rejuna se divide en Beni Sidyel, Beni Grir y Beni Smea y dispone de 3.000 fusiles.

La histórica y famosa tribu de los Mazmuda, situada al Sudoeste del monte Sarsar, conserva aún su fiereza, su vigor, su fanatismo y dispone de unos 5.000 fusiles.

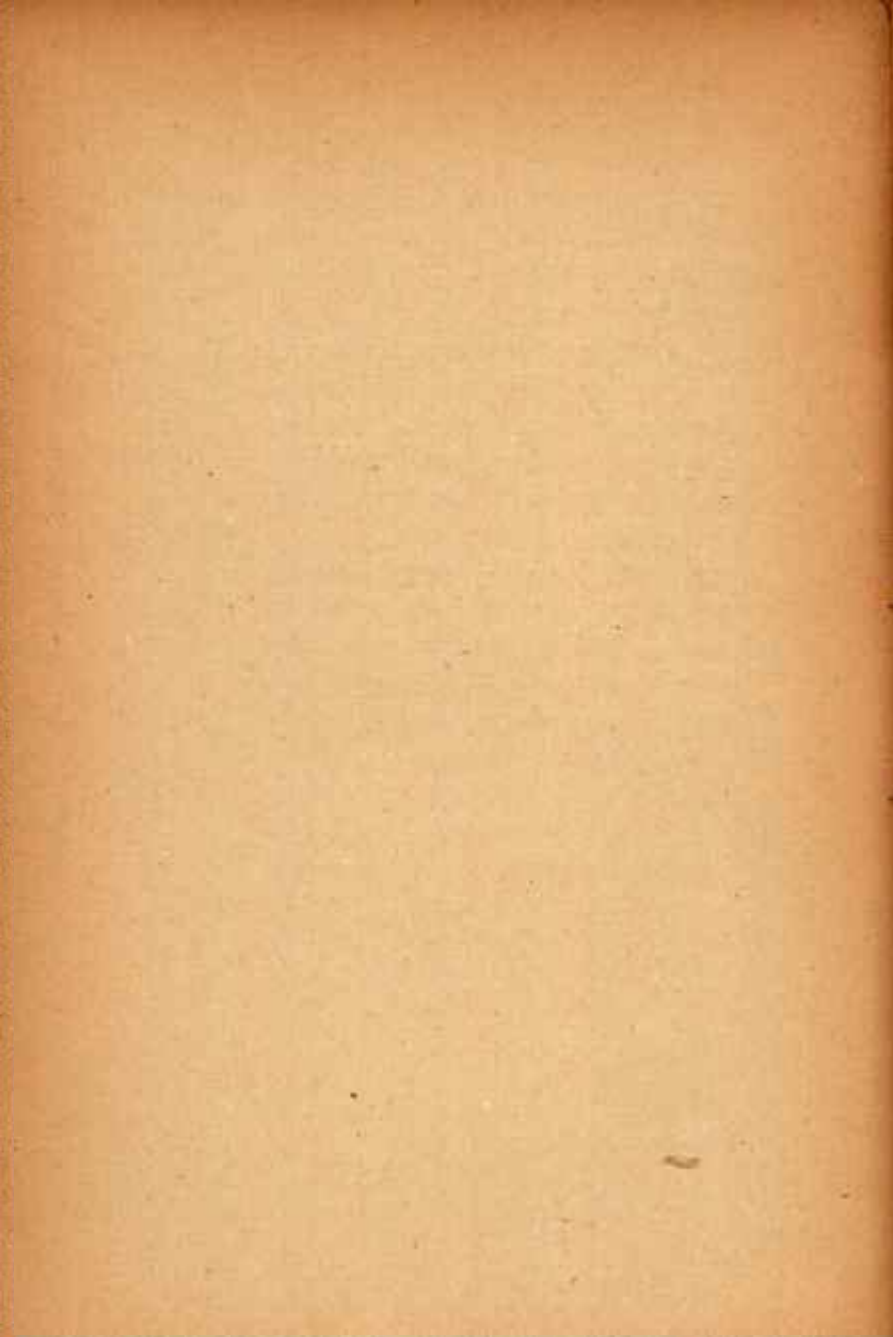
Tales son, á grandes rasgos, muchas de las tribus que, en masas compactas ó en fragmentos inconcretos, sostienen contra España una guerra

que puede convertirse en dolorosísimo problema incesante.

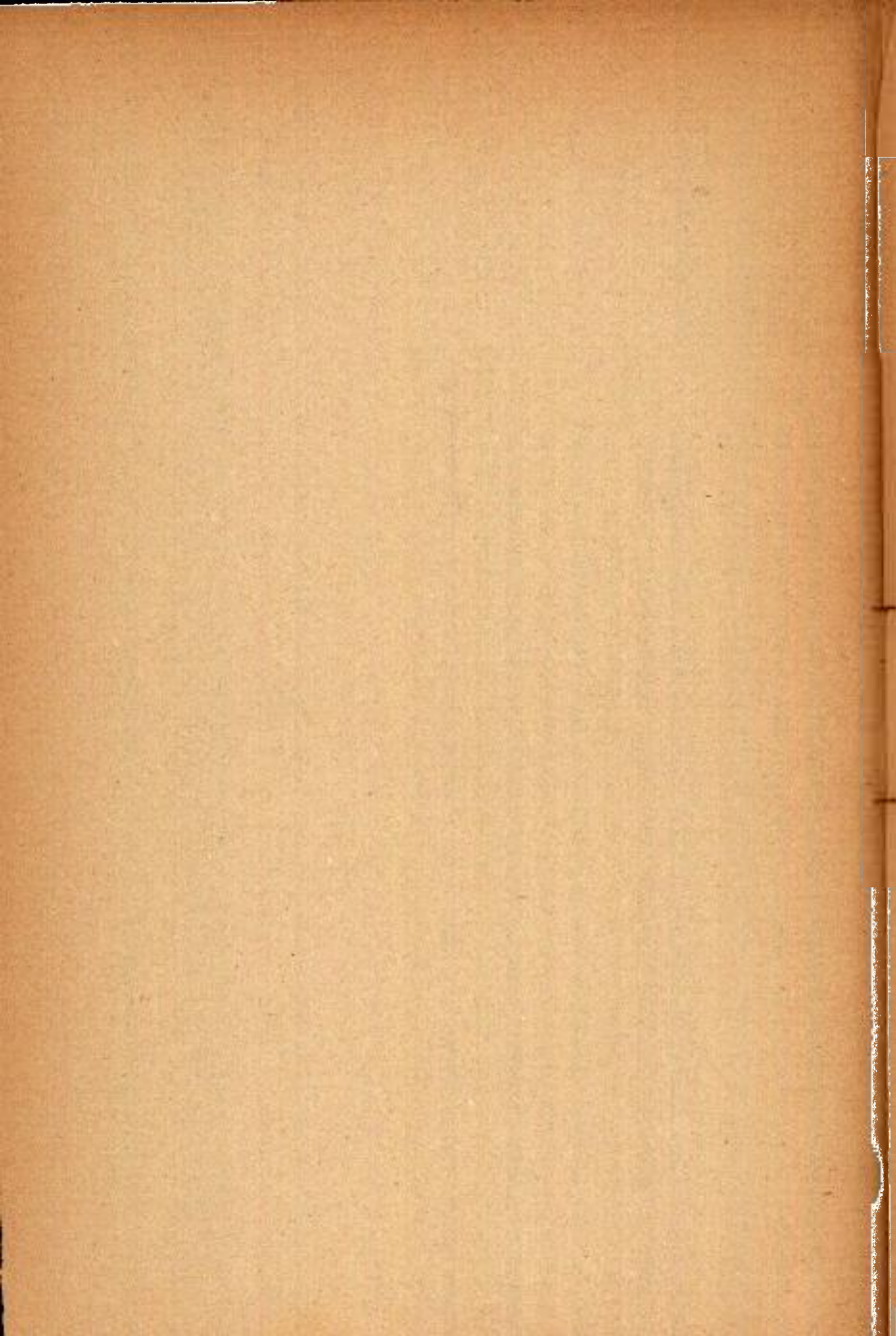
El Mogreb no puede, no debe ser en modo alguno la tierra trágica y maldita que aniquile las últimas energías de nuestra raza.

Y esto se evitará si abandonamos la política de desaciertos, de improvisaciones, de egoísmos, de diplomatismos inertes, de crueles insensateces que está siendo la norma máxima de nuestra obra africana.

La sangre de España es demasiado preciosa para que la prodiguen estérilmente directores execrables, sin cerebro y sin corazón.



SOLUCIÓN



En tiempos sosegados y normales, cuando debiera construirse, con cimentación potente y con arquitectura proporcionada y sabia, la compleja empresa de nuestra obra africana, parécenos este un problema remoto, totalmente desligado de nuestra vitalidad nacional y sin nexo alguno de relación con las cuestiones más substanciales de nuestra patria; pero surge una guerra, casi siempre exteriorización de nuestra menguada actitud colonista, y entonces se improvisan, brusca, inopinada, doctoralmente, toda suerte de comentaristas vacuos

y sentenciosos, de trágicos vaticinadores, de optimistas pueriles, de eruditos de manual, y se dicen las más peregrinas extravagancias, las más abrumadoras vulgaridades, los más desoladores absurdos, y, naturalmente, la opinión expectante y ávida, que espera siempre con ingenuo infantilismo revelaciones estupendas, prodigios maravillosos de clarividencia, acoge con ardiente fe todas las fábulas, todas las simulaciones, y la perspectiva africana se hace cada día más quimérica, más confusa, más distante y, por consiguiente, menos accesible.

No ya la fuerza vasta y general de la opinión, sino nuestros mismos técnicos, apenas si disponen, con respecto á la cuestión mogrebí, de un caudal preciso y luminoso de datos que pueda servir eficazmente para la amplia

erección de un plan político, seguro y dinámico. En nuestra empresa africana, siguiendo nuestra tradicional ligereza, nuestra eterna ceguera, hemos empleado los métodos colonistas á la inversa, esto es, hemos tratado de dominar á todo trance, á costa de gigantescas y horribles pérdidas, antes de conocer, serena, íntegramente, en todos sus oscuros aspectos, una cuestión que, afrontada inteligentemente, hubiera tenido caracteres muy distintos á los que ofrece en la actualidad. Y una vez más hemos de repetir que con estos medioevales procedimientos de colonización, ni daremos un paso firme y práctico en el Mogreb, ni el ideal africano podrá ser jamás una exaltada aspiración de nuestra patria.

Todo país consciente que, cum-

pliendo altas imposiciones de la política internacional, ó lleno de ímpetus por superabundancia de vitalidad, emprende nobilísimas aventuras de expansión y de civilización, lo primero que hace, como la más elemental base de política, es edificarse un sabio régimen colonial, que, á más de que lleve un vasto y animador aliento de mejora y de progreso al país inferior, abra á la Metrópoli cauces fecundos, rutas claras, horizontes prometedores.

Nosotros, ni hemos llevado aún al Mogreb ninguna especie de prosperidad, ni hemos iniciado su renacimiento en el orden artístico, cultural, industrial, etc., ni hemos trazado caminos á nuestra fuerza emigratoria, á nuestro comercio, tan local y restringido, ni hemos salido de una guerra

aún más rudimentaria que las legendarias del Romancero.

Con arreglo á la geometría inexorable de la política moderna, todo país que coloniza debe tender, metódica y reflexivamente, á obtener la mayor suma de ventajas á costa de la menor cantidad de penosos esfuerzos; pero nosotros, trastornando bizarra y paradójicamente toda lógica, nos empeñamos en prodigar, loca, fantásticamente, verdaderos tesoros de energía, la más latente fuerza de la raza, para no conseguir ni una sola compensadora utilidad.

Debiéramos, con sutil instinto, con habilísima oportunidad, con criterio ágil y certero, atraernos á un elemento hosco y fanático por su inmovilidad secular, por su salvaje aislamiento, por su postrada inferioridad mental;

pero en vez de colocarnos en un plano superior de cultura, en un plano educador y atractivo, hacemos revivir aquellas historias bárbaras de moros y cristianos y engendramos odios acerbos, implacables, y producimos una más brava aspereza en los fieros espíritus indígenas y creamos un duro estado hostil, que necesitará siglos para ser desvanecido, y todo esto á costa de nuestra sangre, de nuestra riqueza, de nuestro inmenso desaliento.

Nos encontramos en nuestra zona mogrebí con ciudades, como la hechizada Tetuán que, á más de su preclaro abolengo *andalús* y del extraordinario interés que tiene para nosotros, por ser una continuación viva de nuestra soberbia tradición artística hispanoárabe, es la perla del Mogreb, por

su carácter de santidad islámica, por su dulce y suave sabiduría, por su antiguo y exquisito aristocratismo, por el perfume melancólico de ser el último refugio de los árabes españoles, por su riqueza artística, verdaderamente fabulosa para el que sabe ver con pupilas penetrantes, por su paisaje de ensueño, sin duda uno de los más bellos de la Tierra, y nosotros, con una falta de espiritualidad desoladora, con una inconsciencia ciega, con una ausencia total de todo concepto de la cultísima colonización moderna, decidimos destruir, lenta y arbitrariamente, esta magnífica ciudad, que es una espléndida página de nuestra historia árabe, y que sería un venero de riqueza encauzando el turismo mundial, con el pretexto peregrino de *urbanizarla*. Nosotros, que aún no he-

mos urbanizado en España ciudades amorfas, sin carácter y sin encanto, desgarramos violentamente el supremo hechizo tetuaní, para implantar un cinematógrafo, tabernas, mancebías y demás gallardas manifestaciones de nuestro excelso genio comercial.

La geografía mogrebí, tan minuciosamente estudiada por los franceses, es para nosotros algo envuelto en nieblas, como las misteriosas regiones polares, y claro está que, desconociendo esencialmente una grandísima parte de la región que ocupamos sólo nominalmente, ni podemos establecer un fértil contacto con sus pobladores, ni mucho menos ofrecer á nuestros colonos, sedientos de campos de acción, perspectivas analizadas y concretas que sirvan de segura guía á sus alientos de trabajo.

Sin una preparación vigorosamente fundamentada, sin un conocimiento cabal y adecuado de todas las diversas facetas del problema, sin una doctrina inspirada en el estudio comparativo de los sistemas colonistas modernos, repetiremos una vez más que nuestra labor civilizadora será tortuosa, incongruente, circunstancial y encanijada.

Estas alternativas de guerra y de paz, de *amán* y de castigo, deben tener un fin, y no constituir de modo alguno la morbosidad constante de nuestra acción africana.

Aunque tarde, aún es sazón de orientar luminosamente la árida situación actual y no cristalizar el conflicto estancándolo indefinida y rigidamente.

Con sagacidad diplomática debe po-

nerse término á la campaña y limitar las operaciones militares á funciones escuetamente policíacas, desarrolladas preferentemente por las admirables y utilísimas fuerzas indígenas.

Y nuestra labor futura debe consagrarse esencial y primordialmente á la protección viva y eficaz del mogrebí, levantando su nivel moral, despertándolo á la conciencia de la civilización, infundiéndole ansiedades intelectuales y no tratándolo de europeizar tiránica y bárbaramente, sino acusando, vitalizando y perfeccionando el genio característico de su raza.

Y esta obra alta, noble, generosa, debe caminar paralelamente unida á la expansión fértil de nuestras corrientes emigratorias, á la amplificación de mercados para nuestro comer-

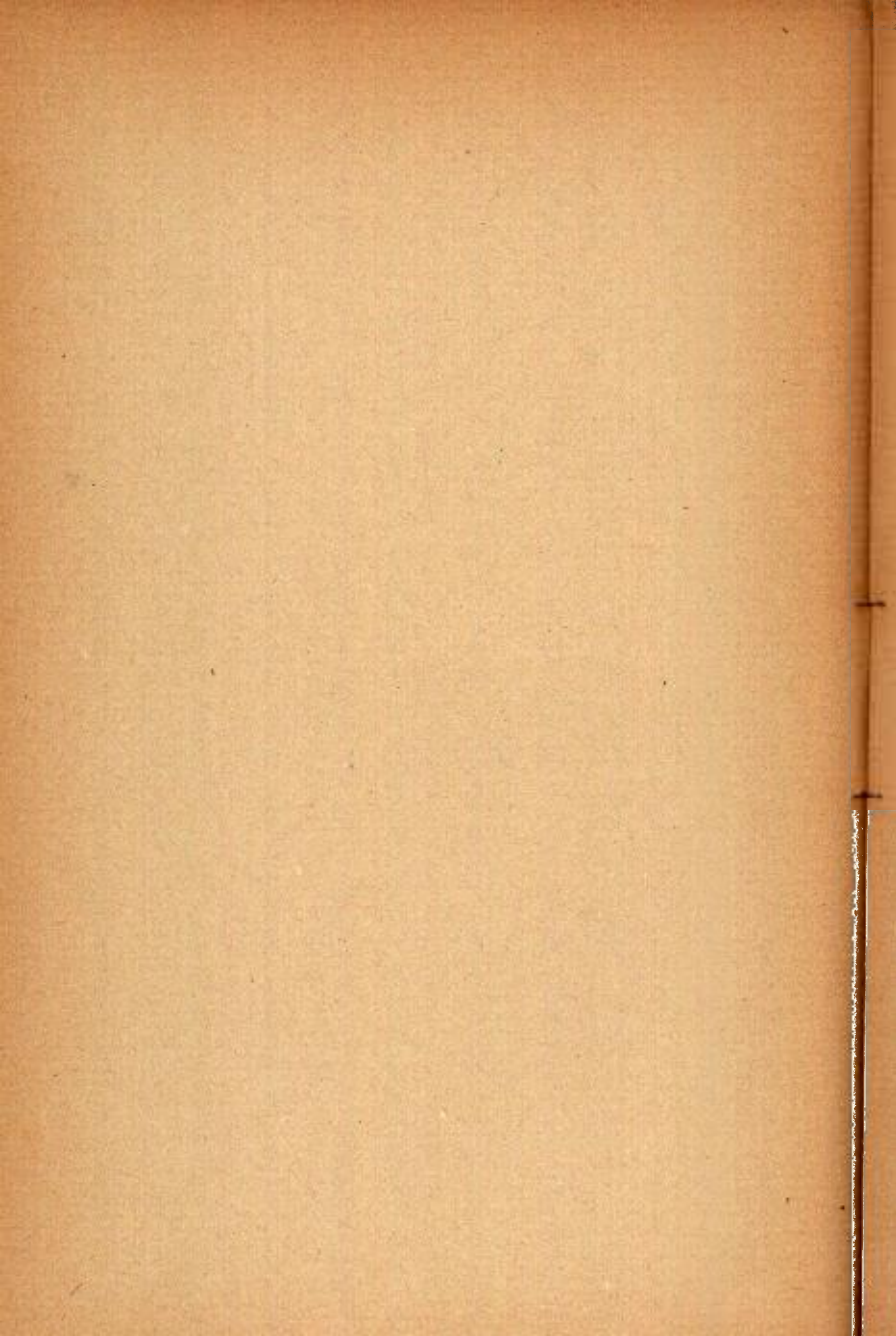


cio y á un natural y vasto intercambio de riqueza.

La política que hasta aquí hemos seguido en el Mogreb es una continuación de nuestras trágicas desventuras americanas. "Renovarse ó morir"; tal dijo el Maestro, y tal es la ley eterna de la vida.



EL MOGREB MILITAR



El ilustre Lyautey, alma suprema de la gigantesca obra francesa en el Mogreb, ha declarado reciente y terminantemente que no será posible llevar una saludable política de influencia ni un eficaz é inteligente régimen militar y administrativo si de antemano, y merced á un hondo estudio, basado en la fría observación, en el exacto cálculo y en el análisis sutilísimo, no se crea una absoluta unidad directiva, un plan laborioso, tenazmente madurado; pero de una plena y segurísima fuerza de acción.

Por tratarse de un país complejo,

extraño, contradictorio; por tener una conformación étnica desigual, incoherente, pero de un recio primitivismo, de una fiera acometividad y de un fanático sentido de independencia; por ser no un Imperio que nace con la amplia y sana avidez de los pueblos nuevos, sino un Imperio que muere, con una civilización más ó menos estacionada, pero acentuadamente definida; en una palabra, por sus heterogéneas modalidades, por su estructura especialísima, es totalmente necesario el desarrollo meditado de una política que no se improvise ni se atempere ligeramente á las circunstancias, sino que se funde en una más vasta y alta concepción de la realidad.

En los momentos presentes, cuando España está aún en los comienzos de una áspera y desorientada jornada,

cuyo claro fin no se vislumbra, Francia, metódica, serena, tenaz y rectamente, no sólo ha dominado los numerosos territorios de tribus adictas al Sultán, sino que ha penetrado en hurañas regiones bravamente cerradas á toda influencia majzeniana y ensaya con fecundo éxito sus admirables procedimientos de organización, de reconstrucción, paralelos siempre á toda dura y necesaria acción militar.

Pero toda esta enorme labor vitalísima, que inicia fértil y activamente el renacimiento mogrebí, se ha realizado callada, obscura, subterráneamente, porque el insigne paladín del colonismo francés no ha querido, persiguiendo una bufa gloria efímera, exponer con insensatas ligerezas la sabia y potentísima política general de Francia.

Francia, ante todo, con previsión sagacísima, con adecuada oportunidad, ha tendido singular y preferentemente á constituir en el Mogreb un práctico ejército colonial que, á más de que opone al enemigo un elemento de combate equivalente, ahorra á la Metrópoli un precioso contingente de sangre que no debe ser perdida con cruel esterilidad.

Si nuestros políticos, menos atentos á las intrigas caciquiles y al asalto de prebendas, se ocuparan de cuestiones más arduas y transcendentales, sabrían que es ley inmutable en la ciencia colonista que la Metrópoli debe utilizar para sus fines políticos las fuerzas propias de la colonia, no sólo porque esta es la lógica del colonismo, sino porque en cada ciudadano metropolitano existe siempre el germen de

un colonizador, esto es, una mayor suma de potencia y de gloria para la patria.

Destrozar, pues, una juventud briosa, fuerte, que es el músculo vivo y palpitante de la raza y de la patria, sacrificándola en aras de una empresa incierta, ambigua, incoherente y desoladoramente inútil, es algo que no tiene nombre, algo que nos arroja violentamente de los planos de Europa y nos coloca en una de esas inferioridades sin disculpa y sin redención.

Cuando un país ha llegado á una decadente y fatigada postración, y no quiere ó no puede elevarse al nivel de los grandes pueblos, trepidantes de actividad, de esfuerzo, de mentalidad dominadora, debe abandonarse pasivamente á sus destinos; pero de ningún modo debe exasperar la primitiva bar.

barie del pueblo que ha de proteger ni consumir sus últimas energías con descabellada prodigalidad.

Porque creemos, firme, absolutamente, que en España aún alienta una vibrante ansia de redención; porque, disperso, oscuro, escuchamos el latir de la raza, que se aferra vorazmente á la vida; porque tenemos fe en el futuro de nuestra patria, insistiremos en que es indispensable rectificar la actual política y abandonar para siempre nuestros legendarios y funestísimos procedimientos de colonización.

Amén de muchas reformas de nuestras presentes orientaciones, debemos modificar totalmente la constitución militar de nuestra zona, y puesto que Francia es una maestra excelsa y nosotros carecemos del genio de la colonización, sería muy conveniente que

la imitáramos en todo aquello que puede redundar en evidente beneficio de nuestra obra.

Francia tiene actualmente repartidos por el Mogreb numerosos regimientos de tiradores argelinos, famosos por su destreza en el manejo del arma, coherente y profundamente disciplinados, dispuestos siempre, por una habilísima preparación, á secundar gallardamente la obra francesa, íntegramente identificados con el espíritu de Francia.

Nosotros, aconsejados por la realidad, por el brillante éxito de las tropas del general Berenguer, debemos tender á realizar la misma labor en el Rif, engendrando soberbios contingentes de guerreros que, á más de que serán á la larga verdaderos españoles moldeados por nuestra direc-

ción, contendrán muy eficazmente las continuas y ariscas acometividades de las hordas berberiscas.

Conciliando armónicamente las necesidades comerciales y agrícolas del Africa Occidental con las imposiciones de la penetración en el Mogreb, Francia ha organizado núcleos militares de senegaleses que, expertamente dirigidos, están consiguiendo excelentes resultados. De idéntica manera podríamos aprovechar nosotros elementos hoy inútiles de la Guinea, con lo cual obtendríamos un importante aumento de fuerza, y al mismo tiempo podríamos abrir caminos de evolución á esos contingentes negros que viven en el más primitivo salvajismo.

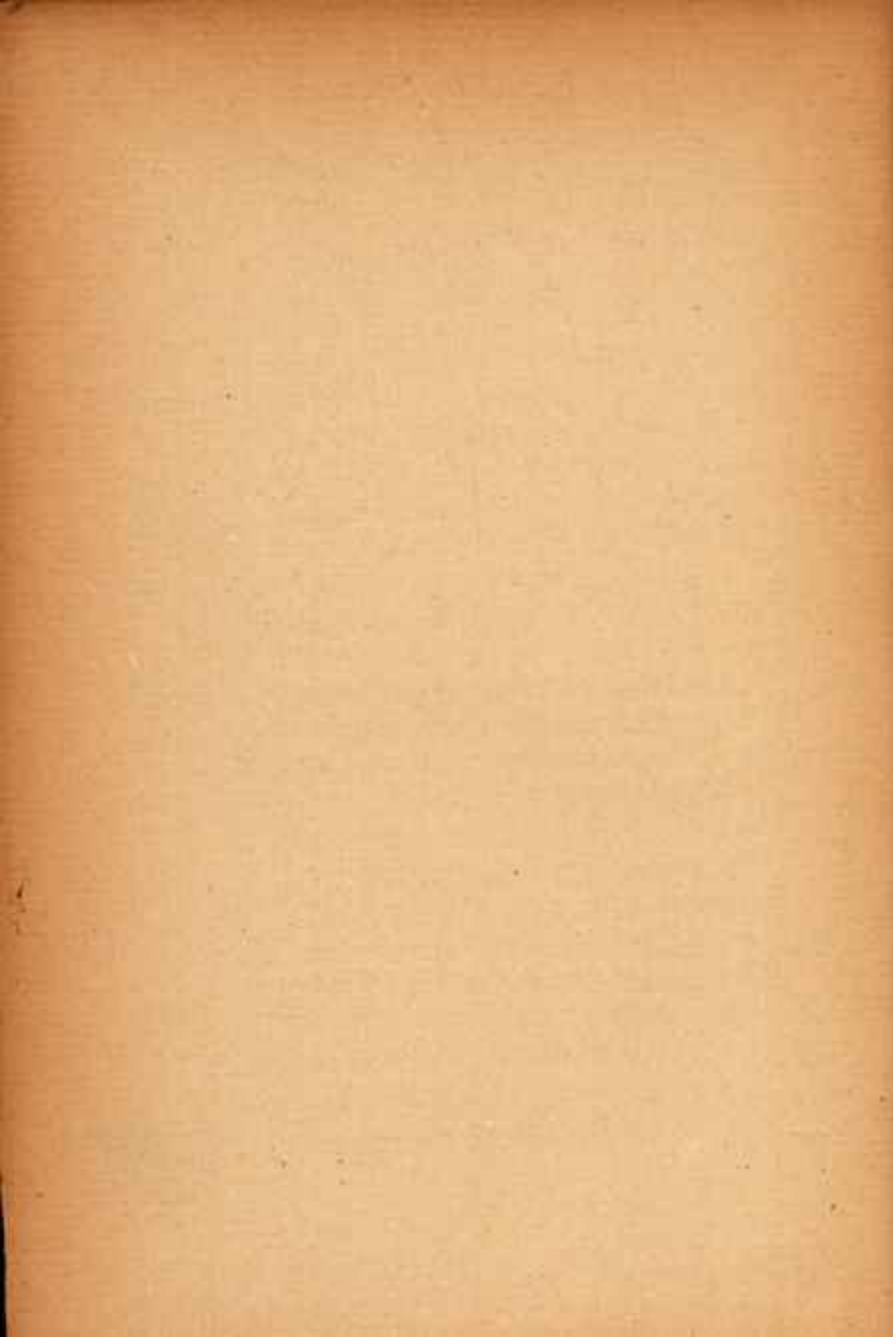
Francia, tras una larga experiencia, fortalecida en aquella famosa campa-

ña del Tonkin, tiene cabal concepto de lo prácticamente beneficiosos que resultan en determinadas ocasiones los regimientos coloniales mixtos, aunque procurando que los elementos metropolíticos que se unen á las fuerzas de la colonia no estén formados por tropas bisoñas, sin el conocimiento, el hábito, la aclimatación al ambiente en que han de operar. Nosotros, de igual modo, encauzando hábilmente el proyecto del voluntariado, podríamos constituir unos similares contingentes mixtos que, á más de su carácter escuetamente militar, tendrían como un aspecto de avanzadas nuestras en exploración constante, en continua labor de difusión, de acercamiento, de contacto con la población indígena más inaccesible.

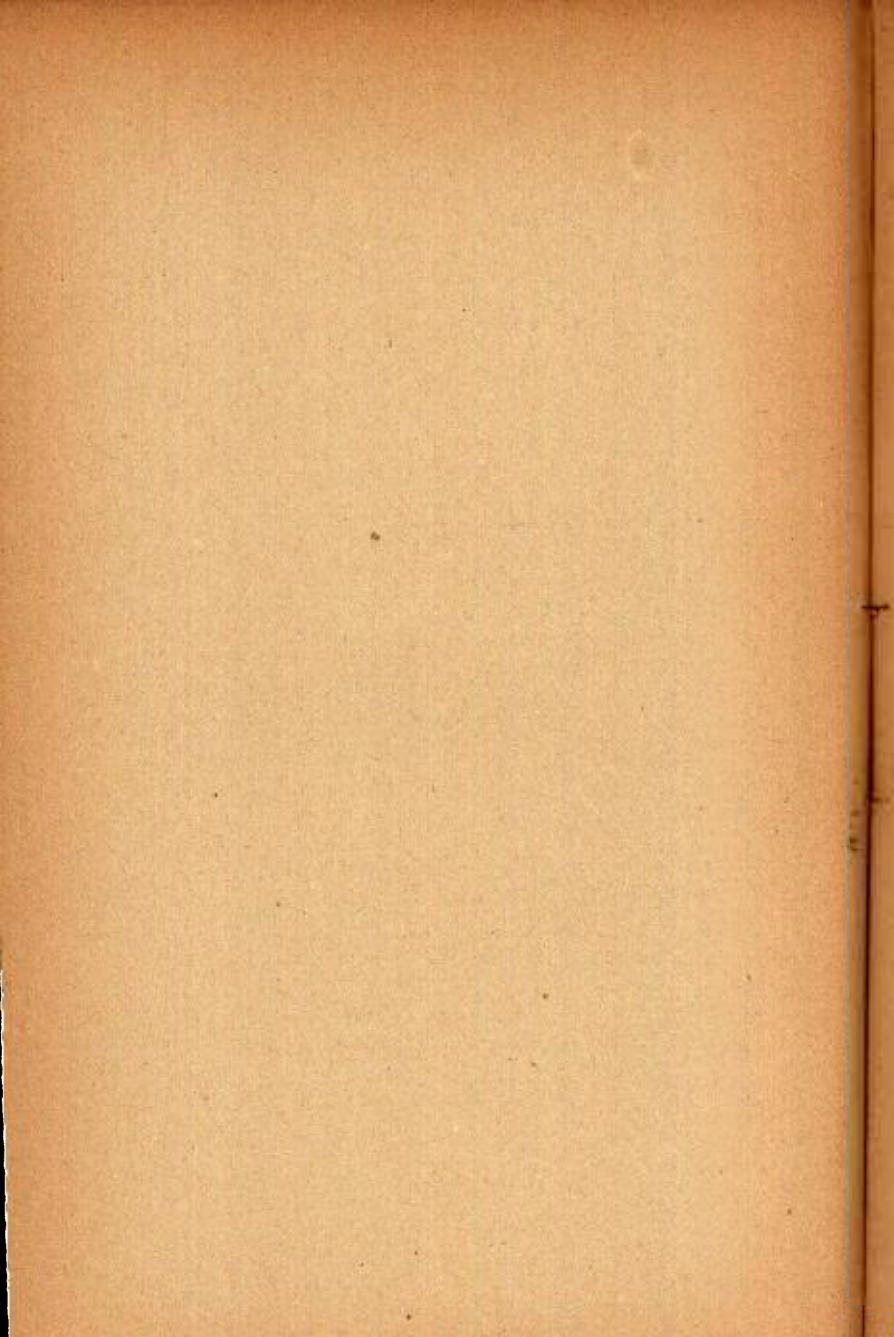
Francia, además, con sutil instinto

político, organiza en todas las ciudades mogrebíes brillantes núcleos militares, sumándose á todos los aristocráticos miembros del antiguo Majzen, á los más nobles y linajudos próceres, á los caudillos de más fiera leyenda, á todos cuantos por su abolengo ó por su fuerza activa representan un valor dinámico, y de este modo, halagando las características de la raza y utilizándolas fructíferamente, incrusta cada día con más penetrante intensidad la idea máxima y primordial de que su acción es eminente y esencialmente protectora. Tal deberíamos hacer nosotros en nuestra zona, atrayéndonos á significadísimos elementos de Larache, de Alcázar, de Tetuán, que por su prestigio, por su estirpe, por su valor social, serían para nosotros excelentes colaboradores

Y si á esta interesantísima labor añadimos la de preparar á nuestra bizarra oficialidad por medio del eficaz estudio del árabe y de los dialectos berberiscos de nuestra zona, de la geografía del país, de su historia, tan vinculada á la nuestra; del colonismo moderno, muy especialmente del argelino y tunecino, etc., para la empresa africana, habremos conjurado definitivamente esta morbosidad de la guerra y, sobre todo, habremos evitado á nuestra patria un doloroso é insoportable consumo de vitalidad. Si el Gobierno ha de transformar la actual política mogrebí, debe inspirarse reflexivamente en el ejemplo animador de potencias más sabias y más experimentadas. De otro modo, podría darse el caso peregrino de que Francia acabara á la postre colonizando nuestra zona.



NUESTRA LEYENDA



Nuestro antiguo sistema colonial, revelador terminante y concluyente de nuestra ineptitud para las grandes empresas de política expansiva, tuvo dos fases características y esenciales, que perduraron desde nuestra iniciación colonista hasta la desaparición de los últimos restos de nuestro Imperio. Estos dos aspectos, distintivos de nuestra desastrosa tradición colonial, fueron la inconsciente incompetencia de los políticos directores, siempre ignorantes de todas las progresivas complejidades de las artes del colonismo, y el sentido ciego, absurdo, monstruo-

so, de injusticia, de tiranía, de arbitrariedad, que transformó las colonias, nuestros más potentes focos de riqueza, en simples campos de explotación y de expoliación, para medro y fortuna de todos los detritus nacionales, de toda la miserable carroña que, incapaz de desarrollar fértiles energías, emigraba á las maravillosas tierras de América, solamente para mantener con inconcebible persistencia nuestra despreciable leyenda de hampa y de picardía.

A raíz del fatal y necesario hundimiento de nuestro Imperio, Costa, aquel español en el que se condensó violenta y soberbia la máxima energía de nuestra raza, dijo con palabras videntes que tuvieron el resonar de un clamoreo, que era preciso cerrar para siempre y con mano despiadada ese

fantástico sepulcro del Cid, en el que anidan polvorientos y milenarios tantos inútiles espectros de leyenda; pero olvidó añadir que con la misma mano, segura y firme, debiéramos matar á ese pícaro que llevamos expectante en las entrañas de nuestra raza, que aparece siempre con su perfil escueto y burlón en las páginas de nuestros clásicos, y que salta inquieto, rastreador, con su ingenio bajo y con sus instintos de mendigo y de ladrón, en la sangre de muchos hidalgos, altos y encumbrados en el ambiente de la política.

Ese pícaro representativo, enquistado en el alma de la raza, trocará nuestros altos y fervientes entusiasmos en socarronas contemporizaciones y fáciles componendas; nuestra vigorosa y fecunda disciplina mental,

en sutiles y obscuras artes de intriga, de zancadilla, de suplantación y de mixtificación; nuestras ansias de renovación y de futuro, en visiones estrechas del momento y en indiferentes encogimientos de hombros; nuestro dinamismo progresivo, en una exterior y falsa simulación liberalista; nuestra política vasta, sana, coherente y armónica, en íntimo y grato compadrazgo, en plena camaradería y en beatífico y sosegado disfrute de abundantes y regaladas prebendas.

No importa que la nación, desangrada y enferma, sin fuerza y sin norte, avance con torpe debilidad de descalabro en descalabro y permanezca extraña y refractaria, sin agregarse á la robusta vitalidad europea. Lo importante, lo fundamental, es el triunfo de los núcleos de pícaros, que en legión

hambrienta y tentacular, avanzan y se prodigan por todos los organismos nacionales.

Y diríase ante tal espectáculo incessantemente repetido, que la masa predominante de opinión no la constituyen sino vastos núcleos de pícaros estacionados, que no esperan sino el momento adecuado y propicio de repartirse á tambor batiente los últimos despojos del botín.

Ni duros escarmientos ni amargas experiencias, actúan de saludable lección para nuestro porvenir, y después de tantos programas de regeneración, de tantas vacuas y ampulosas proclamas, de tanta garrulería retórica y estéril, tornamos á ser lo que fuimos, los mismos aventureros despreciadores de todo metodismo científico y absolutamente incapaces de construir con

pujante impulso rectilíneo ningún edificio político de traza firme, amplia y proporcionada.

Aún no hemos iniciado un compacto plan motriz de política africana, que pueda sentar la cimentación de nuestro futuro resurgimiento colonial, y ya empezamos á emplear aquellos procedimientos tan tristemente famosos de nuestra lamentable colonización americana.

Brevísimos han sido los españoles que han consagrado sus energías á las cuestiones del Mogreb; pero á la hora del regalo y del reparto, se alejará á esos hidalgos cruzados, para que entren en el festín improvisados africanistas de pacotilla, que mantengan siempre triunfante la despreciable tradición de nuestra picardía.

POLÍTICA NUEVA



Los errores transcendentales en política no son los individuales y aislados, sino los de sistema, los que tienen por base un extenso carácter doctrinal equivocado ó incoherente. La política moderna, en general, y muy especialmente la colonial, ofrecen tales complejidades, tales alternativas, tales trepidaciones, que sin una incesante, ágil y acertada rectificación de métodos y de criterios, toda labor sostenida y permanente adolecerá, á la postre, de rígida inmovilidad, de hostil y duro autoritarismo, de estéril, seca y menguada pobreza de acción.

Hasta los momentos actuales hemos dislocado violentamente el problema mogrebí, le hemos *dado extrañas formas* ásperas y acerbadas, ha sido afrontado con espíritu distante de la clara realidad, hemos acumulado sobre la aparente hosquedad de su superficie toda suerte de prejuicios, de errores tradicionales, y hemos creado con tales artes un segundo y más laberíntico problema, que necesita á todo trance ser despojado con impulso amplio y seguro.

Que en el Mogreb existe un problema real, obscuro y difícil, es un hecho evidente que sólo negarán los optimistas por sistema; pero obstinarse tenazmente en que el problema mogrebí sea esencial y fundamentalmente guerrero, supone, además de un absoluto desconocimiento de los tér-

minos exactos de la cuestión, una especie de inconsciencia patriótica, que debe ser alta y vigorosamente corregida.

Salvo en alguna región breve, de contextura étnica diversa de la determinadamente mogrebí, la impulsividad guerrera no tiene estado latente y efectivo, y si surge, es siempre como exteriorización natural y lógica de una rebeldía nacida de la opresión, de los inoportunos procedimientos de dominio, de la ausencia de un método colonizador fácil, inteligente, y, sobre todo, contemporizador y atrayente.

Es preciso decirlo de una manera escueta y categórica: la guerra en el Mogreb ha sido exclusivamente engendrada por nosotros, por nuestra desoladora torpeza política, por nuestro alejamiento de toda la evolución

de la política colonial moderna, por nuestra imprevisión legendaria, por nuestra laxitud intelectual, por nuestra triste é incorregible fanfarronería, que aún nos hace ver en cada español un bizarro émulo de Gonzalo de Córdoba ó un soberbio aventurero de los viejos tercios de Flandes.

Algunos espíritus sutiles han intentado, con loable empeño, trazar á la opinión y al Gobierno, poco más ó menos documentado que la opinión, un sereno plan colonial, cimentado en la observación fría, en el estudio disciplinado y en la consciencia política; pero todos los nobles esfuerzos de estos paladines de la España futura han fracasado ante la pasividad indiferente del Gobierno ó ante su arbitrariedad incongruente y desatinada. Y se ha dado el caso peregrino, de un hu-

morismo singularísimo, de que un prócer político versado, según afirman, en cuestiones financieras y doctísimo en el arte de la intriga y del medro familiar, pero enteramente desconocedor del problema africano, haya sido el encargado de dar cima y cumplimiento á una obra magna, que exige imperativamente una madura y sabia preparación, que de ningún modo puede improvisarse.

Y si á tal suma de desaciertos añadimos genialidades é intemperancias de los que con instinto finísimo, con serenidad inmutable, con discreto tacto y oportuna medida han de dar forma plena y acabada á las altas inspiraciones gubernamentales, conveniremos, naturalmente, en que si la cuestión mogrebí ofrece caracteres áridos y espinosos, débese en propor-

ciones muy considerables á la falsa actitud en que voluntariamente nos hemos colocado.

En el ánimo de todos alienta la convicción firme y terminante de que el actual sistema político debe ser radicalmente modificado, y demorar su encauzamiento equivaldría á prolongar indefinidamente una situación intolerable. El problema nacional de más enjundia, de más vigoroso relieve, es el africano, y hay que afrontarlo resueltamente levantando el espíritu de la multitud, sin cuyo concurso toda obra vasta resultaría débil y anquilosada.

En la reorganización de servicios deficientes y pobrísimos, en el empleo denso y penetrante de procedimientos racionales de atracción, en la hábil y eficaz difusión del comercio y

de la riqueza que á todos anima y beneficia, en la adaptación flexible y sutil a los viejos hábitos mogrebíes, en la imposición suave y profunda de un elevado espíritu de justicia, en el respeto á los seculares principios religiosos que informan toda la vitalidad arábica, en la conservación de aquellos monumentos, de todos aquellos vestigios venerados é insignes que recuerdan á la raza sus prestigios legendarios, su magnífica civilización antigua; en la educación lenta y honda, en el intercambio constante de ideas, de aspiraciones, de ensueños, reside toda la medula del problema y la luminosa perspectiva de su solución.

Con un equivocadísimo criterio económico y político, el Gobierno ha atendido á mermar y á recortar el

desarrollo de esta fecunda acción civil, sin tener en cuenta que si disminuían los gastos de cultura, de comercio, de fomento, aumentaban pavorosamente los gastos de guerra, ocasionados, naturalmente, por la desviación de la única política posible.

Con esa falta de equilibrio, que es la vieja característica de nuestro política, se ha imaginado que el organizar nuestra zona con arreglo á los principios máximos del colonismo, sería una especie de continuación de nuestra añeja y desastrosa política americana, sin tener en cuenta que, dadas las especiales condiciones del ambiente y dada la índole de nuestra misión, eminentemente civilizadora, con sistemáticas y excesivas restricciones por una parte y con abundan-

tes prodigalidades por otra, toda armonización es una lejana y confusa quimera.

En todo momento, y á modo de barrera formidable que cerrara el paso á todo progreso, se saca á colación el ya famoso tópico de la "pacificación de nuestra zona", y debe decirse de manera definitiva y concluyente, que la tal nebulosa y enigmática pacificación será un hecho en cuanto cambien las normas políticas seguidas hasta aquí.

Ante todo y sobre todo, debe ejercerse en el Mogreb la finalidad alta, noble y generosa de la protección, y después, lentamente, en fértiles etapas progresivas, y siguiendo prácticos métodos colonistas, debe obtener la metrópoli aquellos necesarios beneficios que han de ser la consecuen-

cia del potente despertar de una riqueza muerta.

Sin una orientación así dirigida, la política africana será el más profundo y doloroso de nuestros fracasos.

SISTEMA FRANCÉS

El desarrollo preciso y casi matemático de recientísimas operaciones militares realizadas por Francia en el Mogreb, en regiones de diversa configuración geográfica, de distinta capacidad de resistencia, de diferentes modalidades de raza, revelan la existencia concreta y definida de un plan político clarísimo, consecuencia necesaria de una anterior y meditada labor de análisis y de observación.

En nuestra patria, como no se condensa nunca de manera estable y compacta un alto credo político, un sistema de actuaciones ordenado y oportuno

tuno, todos los movimientos á que nos obliga la fuerza determinante de las circunstancias son siempre irregulares, desarticulados, incongruentes y obscurísimos.

Una política colonial fundamentada en la cultura y en la difusión industrial ó simplemente basada en el rígido dominio militar no puede ser nunca improvisada, ondulante, superficial y atenta á dar forma á lo meramente externo y de apariencia, sino que ha de cimentarse en un método y ha de robustecerse en las entrañas más hondas y fecundas de la realidad.

Francia, destruyendo con habilidad sutilísima á sus enconados enemigos, los benim'tir y los benimguild, y atrayéndose eficazmente á toda la dura zona de Mequínez, ha continuado, con las ligerísimas variantes que imponía

el medio, una política esencialmente africana, iniciada con evidente éxito desde los lejanos tiempos de su dominación argelina.

Y que la política militar de Francia es admirable y atinadísima, lo revela el hecho de conducir sagazmente las fuerzas rebeldes hasta focos totalmente aislados para que no se interrumpa ni quebrante el animador contacto comercial entre las ciudades, ni la corriente progresiva de penetración se detenga y paralice; pues, si bien es cierto que en todas las zonas mogrebíes existe un caudal siempre impetuoso de fanatismo activo y de aventurerismo inquieto, también es cierto que existe otra enorme masa dúctil, sedentaria y fácil de adaptar, á la cual es preciso atender con singularísima preferencia, pues en ella reside toda

la fuerza y todo el equilibrio del Mogreb futuro.

En una vasta parte del Mogreb sometido á Francia, existe ya denso, vivo, cordial y fértil el sentimiento consciente de la protección francesa, la conciencia serena de que la evolución debe cumplirse y de que la mutación ha de ser alta y profundamente beneficiosa; y en estas condiciones, la inquietud turbulenta se convierte en normal seguridad, la actividad económica se multiplica, y un progreso visible, concluyente, acentúa cada día con mayor intensidad la potencia de una dominación fecunda y renovadora.

Tal es el eje central de una política inteligente y práctica y tal debiera ser nuestra orientación más segura y nuestra aspiración más ardiente. Hay que llevar á todo trance al espíritu de

nuestra zona mogrebí la conciencia firme de que nuestro protectorado no es una ficción cruelísima y de que nuestra tutela no es una tiranía oculta, pero insoportable.

Francia, siguiendo en su política la teoría máxima de que un mal se corrige destruyendo la causa motriz, en sus difíciles operaciones en la zona del río Zem, con la anulación del fiero caid de los Zayam, consiguió naturalmente que, desconcertada y sin alma, la harca se perdiera deshecha en las montañas, y que los benikhiran y los smakla, que eran como el nervio de este movimiento, sumisos y sin energías pidieran rápidamente el *aman*.

Análoga en cierto modo nuestra situación actual á la situación de Francia en aquellos instantes, y señalado y sobradamente conocido el impulso

motor que ha engendrado este movimiento, no cabe duda de que el remedio es fácil y de que es necesario cortar en sus raíces una morbosidad que puede adquirir extensión más perdurable.

Y anulada, extinguida la causa fundamental de la rebelión, hay que pensar resueltamente, decididamente, en popularizar la nobilísima causa africana, por los únicos procedimientos posibles: el contacto comercial vivo, incesante, nutrido, sano y la influencia cultural, suave, velada, dulce y persistente.

Es absolutamente necesario un plan directivo que afronte y oriente con altura y seguridad las complejas configuraciones de este problema; pero no es menos urgente é importante que los elementos hispánicos que han de

dar forma tangible al impulso motor sean lo bastante aptos y capaces para no deformar una vasta labor política con los tradicionales vicios seculares de nuestra raza.

Francia, en algunas regiones, y muy especialmente en la Chauia, ha conseguido ya regularizar de manera admirable una extensa organización administrativa, y bajo la eficacia de esta acción ha engendrado un vitalísimo desenvolvimiento económico, y comienza á despertar fecundas energías y á producir un estado de cultura, que en plazo muy cercano cambiará toda la actual é inmovilizada contextura espiritual de esta zona.

Nuestro Imperio, muy singularmente en la región tetuaní, constituye, no solamente la parte más sedentaria, sino la de cultura más intensa y anti-

gua de todo el Mogreb, y es indudable que si empleamos con espíritu sutil y penetrante, procedimientos de dominación, basados eminentemente en la educación y en la aproximación intelectual, desaparecerá inevitablemente toda aspereza y cualquier remoto movimiento guerrero no será sino aislada hazaña de bandidaje.

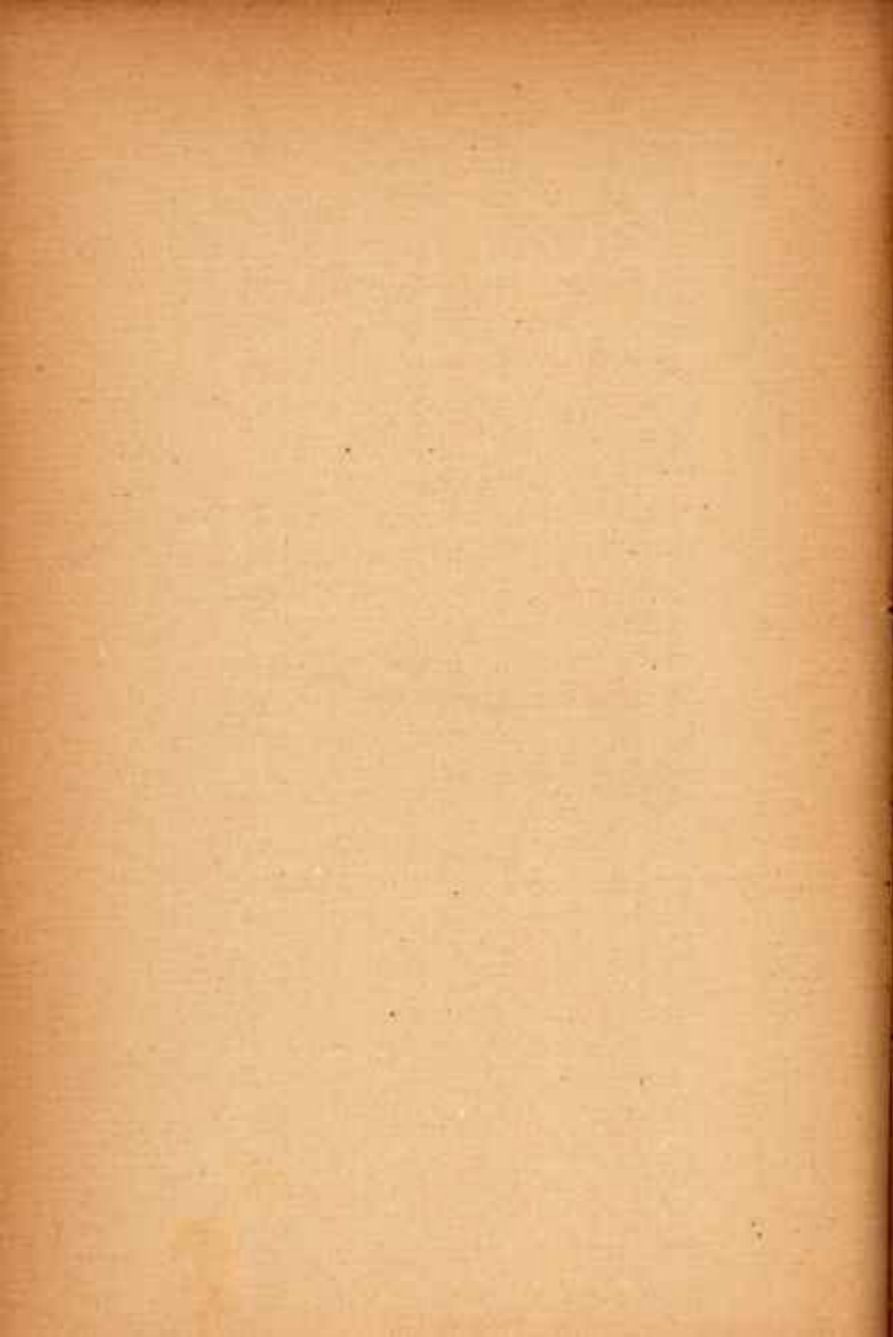
Muy práctica es, sin duda, la disposición de hacer un ejército africano, nutrido con el voluntariado; pero lo sería aún más la creación de un ejército esencialmente indígena que, á más de convertirse en utilísimo intermediario entre los dos países, ahorraría á nuestra patria un contingente de fuerza y de sangre muy necesarios para nuestra reconstitución interior.

El obscuro é inquietante problema africano será algo limpio, claro, abso-

lutamente diáfano el día en que nuestra política, una política propagadora de la cultura, del orden, del progreso y de la riqueza, clave sus raíces en la vieja y trágica tierra cherifiana.

Y entretanto, deprimir el espíritu patrio con grotescas jeremiadas, con pronósticos absurdos, con sentencias proféticas llenas de ignorancia y de mala fe, es una obra ruin de renuncia-ción, de acabamiento, de despreciable negación de nuestra personalidad nacional.

Hay que pensar en un futuro luminoso y soberbio; pero hay que afrontar valientemente las amarguras de la actualidad.



ACCION ESTERIL

Laberíntico, obscuro, sin clara solución cercana, el problema mogrebi permanece rigidamente estacionado, y nuestra acción política se desenvuelve tarda, desarticulada, morbosamente intermitente, sin amplia impulsión eficaz y sin alta guía directiva, y tales trazos y tales caracteres y tales incoherencias hemos dado á la obra, que de continuar su proceso actual, nuestra patria, en vez de afirmarse como potencia viva y activa, se hundirá definitivamente agobiada por este último y dolorosísimo esfuerzo, por este débil resplandor final de una

llama que se apagó para siempre.

Todo país que coloniza, que se tiende vibrante y ardoroso al futuro, que realiza la suprema obra de ensanchar vasta y soberbiamente los horizontes patrios, que cumple la misión excelsa de exaltar el genio de la raza, encuentra, no solamente en las clases directoras, de acentuación generalmente imperialista, sino en las entrañas populares, un férvido aliento de animación, un estímulo cálido y dinámico, una fuerza tenaz y tensa, una brava disposición para la lucha, una fría y consciente acometividad, un sereno valor ante las oscuras tortuosidades del porvenir.

Colonizar es prolongar gloriosamente la personalidad nacional, es ampliar potentísimamente la capacidad espiritual de una raza, es multiplicar

los radios de acción, es robustecer vigorosamente el caudal de una estirpe, es engendrar la riqueza, que es progreso industrial, artístico, intelectual, etc.; es, en una palabra, crear patria.

España, en otro tiempo, no tuvo, sin duda, la disciplina concentradora, la voluntad sostenida, la cohesión tenaz en sus bizarras y lamentables empresas coloniales; pero tuvo, al menos, el instinto, el aventurismo, la fiebre de conquista y el ideal de patria, no como un muerto lirismo declamatorio, sino como una realidad precisa y tangible, á la manera rotunda, viril y orgullosa con que el genio latino encarnaba la augusta Roma madre, en las victoriosas águilas imperiales.

Hoy, no solamente la predisposición histórica y la accidentación geográfica, sino el imperativo de las potencias

árbitras de la política universal y la necesidad apremiante y decisiva de reconstruir el viejo y desmoronado solar hispánico, nos impulsan violentamente hacia el continente gigantesco que sirvió de refugio á nuestros padres los moriscos.

España ha podido redimirse de la expulsión morisca, de aquella bárbara y fanática monstruosidad política, realizando en el Mogreb una sabia labor fraternal de acercamiento, de tutela, de dirección cordial y suave, devolviendo á los inmovilizados mogrebíes una breve parte del maravilloso tesoro que nos dejaron los insignes árabes "andalus"; pero nuestra patria ha preferido llevar la guerra á la pródiga y desgraciada tierra cherifiana, renovar antiguos y crueles odios, resucitar anacrónicamente la feroz le-



yenda guerrera y despertar por la destrucción, por el estrago y por la muerte el sentimiento profundo, inexorable, de la venganza, que es una de las agudas características arábicas y uno de los máximos principios del Islam.

La guerra, por nuestra ineptitud colonial, por nuestra civilización rudimentaria, por nuestra agresiva inferioridad, es hoy, y será durante mucho tiempo, la herida abierta por la que ha de fluir lenta y fatalmente la sangre de España, y esta guerra, mantenida falsamente con árido artificio, con esfuerzo penoso, sin calor y sin vibración de opinión, sin recia vitalidad popular, revela no tanto que el ideal africano es algo sin atracción, adusto y hostil, como que las energías de la raza se extinguen y que faltan

valor, impetuosidad, animosa esperanza en el futuro, templado brío para la adversidad y ansia gallarda y fuerte de renovación.

Por otra parte, publicistas tan audaces como ajenos á todo conocimiento del Mogreb, cuando disertan acerca de las complejas y transcendentales cuestiones africanas, en vez de aclarar sombras y despejar enigmas por la sobria reflexión y el penetrante estudio, dicen tal suerte de arbitrariedades, de extravagancias y de inexactitudes, que el problema se complica más, restando alientos y mermando iniciativas.

Unos aseguran que nuestra zona mogrebí es casi desértica y que no compensará jamás los poderosos esfuerzos de la colonización, ignorando ó aparentando ignorar que la riqueza agrícola, minera y pecuaria del Mo-

greb es extraordinaria, y otros, con intención no muy loable y con ese dogmatismo intransigente y cerrado que da á tantos españoles un hosco y antipático carácter inquisitorial, afirman que el moro, ignoramos por qué serie de fatales y misteriosas causalidades, es absolutamente perverso, traidor, incapaz de adaptación, bajo, cruel y de mentalidad muy inferior.

Tales despropósitos serían inofensivos de puro vacuos si no fueran acogidos por la Prensa de gran circulación, que se difunde vastamente y que ejerce considerable influjo, no sólo entre los elementos españoles, sino entre los elementos moros que leen, analizan y comentan todo cuanto concierne á nuestra política africana.

No á título de morisco, y de morisco ardientísimo, sino á título de obser-

vador frío, debo decir, para necesario restablecimiento de la verdad, que la actual raza mogrebí, producto de las fusiones árabes y berberiscas, ha heredado todas las insignes virtudes de la preclara sangre de Arabia y toda la soberbia fuerza, el inaudito vigor y la prodigiosa capacidad vital de las sangres númerdas.

El Mogreb, por su alejamiento de Europa y de los grandes centros de Oriente, ha permanecido detenido y estático; pero así como empieza á asimilarse con singular agilidad la civilización francesa, de igual modo y con idéntica flexibilidad se adaptaría á nuestras modalidades si sustituyéramos los métodos violentos de dominación por los más fáciles y racionales de la cultura, de la cooperación agrícola, de la política transigente, de la

administración pura y reformadora.

Como el tiempo transcurre tan inútil y dolorosamente, y nuestra equívoca situación en el Mogreb no cambia, es preciso que el país intervenga activamente en esta política ciega, circunstancial, sin mecanismo, sin horizonte, que acabará por aniquilar el caudal escasísimo de la fuerza hispánica.

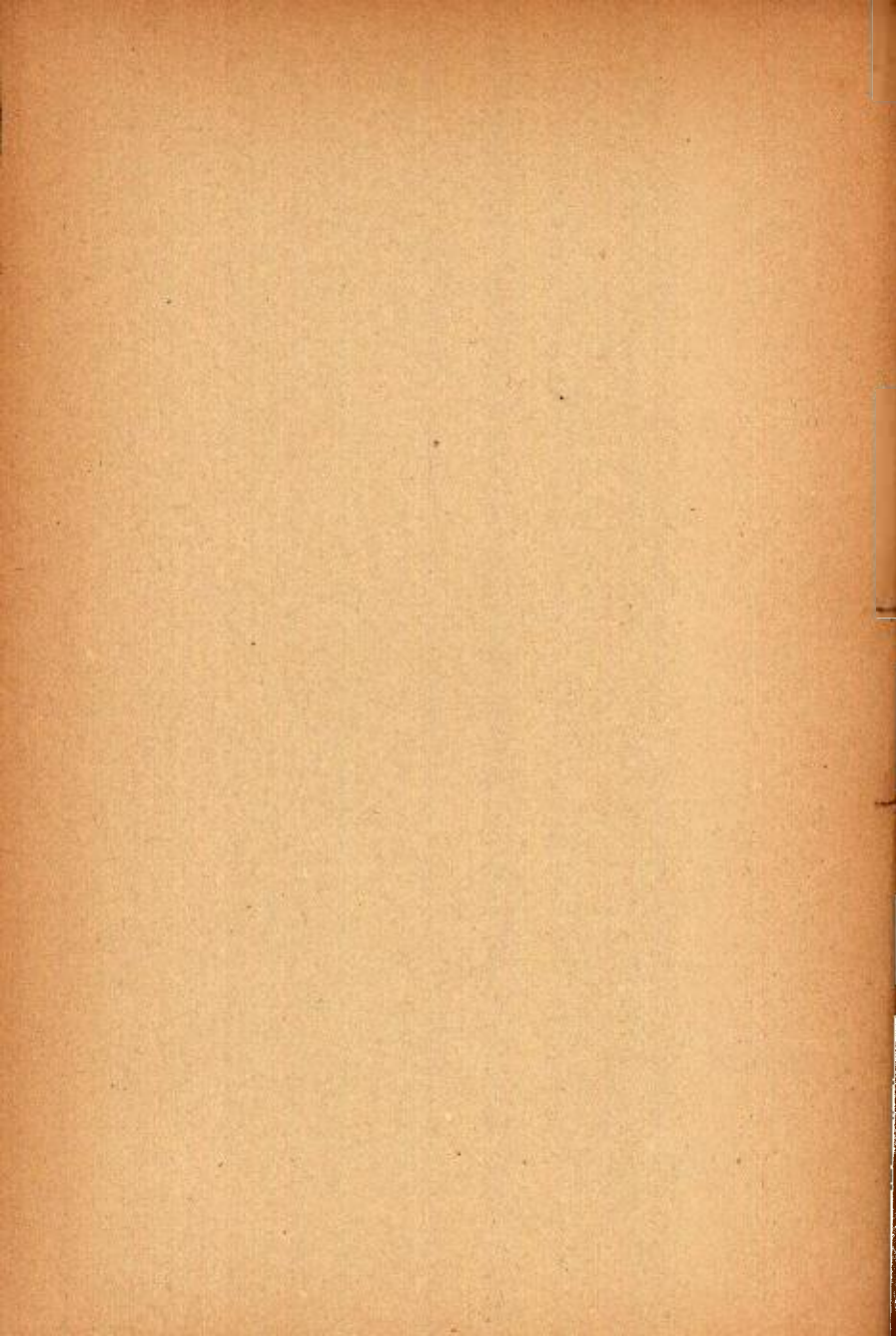
Si España no puede ó no sabe llevar al Mogreb sino la destrucción, la morbosidad, el odio, debe renunciar á toda perspectiva de expansión y á todo rango de potencia moderna engendradora de progreso.

Es demasiada pesadumbre para la historia hispánica aquella trágica expulsión de los moriscos, para repetir la misma hazaña con sus desventurados descendientes mogrebíes, que ha-

cen, al fin, una guerra defensiva igual á la que hicieron las españoles de la Independencia.

Y España debe tener presente, que la raza mogrebí es de una fiereza indomable, de una virilidad orgullosa, de una prodigiosa habilidad estratégica, de una tenacidad de hierro, y que la guerra no será para los españoles sino un desastre sin interrupción. Y con victorias oficiales y con penosísimos descalabros reales, ni se coloniza ni se consigue más que el derrumbamiento total de una nación,

LAS ÓRDENES MILITANTES



Como el Mogreb es un país anormal y extrañísimo, en el que no existen vínculos de raza, conciencia nacional, ideal colectivo de progreso, rudimentario sentido de patriotismo, no hay sino una sola fuerza que sostenga una apariencia de unidad y de cohesión en el viejo Imperio arábigo-berberisco, y ésta es la tradición religiosa, la permanencia del Islam en los milenarios pueblos del Oriente.

De tanta importancia como el estudio de los caracteres étnicos y geográficos, es el conocimiento de las modalidades religiosas de este singula-

rísimo país, pues ellas son siempre la clave de todos los acontecimientos políticos, de todas las impulsividades guerreras, de todas las tumultuosas violencias que estremecen periódicamente á esta raza determinadamente mística, con un misticismo fiero, activo y combatiente.

Podrán en especiales circunstancias dirigir y encauzar un movimiento, fuerzas ajenas al orden religioso; pero es un hecho indudable, que las iniciativas aisladas no encontrarán nunca repercusión en la masa general del pueblo, si no se encubren con una hábil simulación de santidad, con una tendencia ferviente y viva hacia una mayor propagación de las doctrinas del "Nabbi".

El misticismo mogrebí no es cerrado, adusto, inmóvil y contemplativo,

sino que, por el contrario, se encuentra perfectamente organizado, fraccionado en numerosísimas Cofradías militantes que, de ciudad en ciudad y de tribu en tribu, mantienen siempre tenso el espíritu de fanatismo, de milagrería y de persistencia islámica.

Las Cofradías religiosas se extienden por todo el mundo musulmán, por Asia, por Africa, por la Malasia, por Europa; pero donde tienen más vitalidad, más brío primitivo, más recia tenacidad, es sin duda alguna en el Mogreb. El compuesto de las dos razas, árabe y berberisca, profundamente espiritual la una y duramente vigorosa la otra, forman un tipo de una estructura moral especialísima que debe ser sutil y penetrantemente analizada.

En el Imperio de las Chorfas las

Hermandades místicas tienen una complejísima multiplicidad de aspectos, aunque todas naturalmente tienden al sacrificio y á la exaltación incesante del credo del Islam. Algunas, como las de los "Iamdanün" de la zauia de Zegrel en los Beni-Snassen, fundada por Muley Ajmed ben Muijammed ben Bel-Aich, no constituye propiamente una Congregación sistemáticamente organizada ni una Asociación piadosa, sino más bien una agrupación de ciertas familias de origen cherifiano; pero aun así, su influencia es muy vasta y ejerce una considerable presión.

Otras, como la famosa Corporación de los Ulad Sidi Iammed del Sus, es algo así como una extraña Asociación funambulesca. Los miembros de esta originalísima Cofradía son todos ellos

maravillosos acróbatas, de una agilidad verdaderamente prodigiosa, y por medio de sus peregrinos ejercicios, de sus rarísimas excentricidades, animan á los ingenuos creyentes de las tribus y les encienden en un misticismo ardoroso y delirante.

Las Cofradías tienen siempre un "chelk" cuya autoridad es absoluta, y en defecto de éste, un "jalifa" ó "naib" que actúa á manera de lugarteniente. Poseen, además, los "mokaddem", que obran como jefes de grupo y como agentes de propaganda, reclutando adeptos, iniciándolos en los ritos, recogiendo y administrando las ofrendas, etc.

El misticismo islámico, que es la reacción fatal y necesaria contra el intelectualismo y el formalismo del Korán, pudiera decirse que es el fun-

damento de la religión, la llama siempre fulgurante que alienta y vive en las almas primitivas de estas razas, que aún conservan la misma textura espiritual que en los tiempos fabulosos del Profeta.

Toda la férvida inspiración, la fe absoluta, la pureza espiritual del misticismo islámico, se encuentra profundamente contenida en la obra insigne *Marabuts* y *Kjuan* del "cheik" Es-Senussi, de la orden de Keluatya y no será posible abismarse en los riquísimos tesoros de la fuerza de este estado religioso sin conocer hondamente los principios máximos de este místico extraordinario, precursor de los más grandes maestros del Islam.

Las Cofradías religiosas mogrebíes puede asegurarse que son los organismos que ejercen una acción social

más directa y, por consiguiente, los que acaban desarrollando una misión más precisa y definidamente política, y aunque externamente tengan una configuración desigual y hasta hostil, todas cooperan con el mismo tesón, con idéntico esfuerzo, en la obra común de mantener indefinidamente el aislamiento espiritual del Mogreb.

La Cofradía de los "Chadjeliyya", fundada por Sid Abu el Hassan ben Abd el Yebbar ech Chadjeli, es una Orden de purísimo ascetismo, dedicada casi exclusivamente á la enseñanza, y cuya finalidad esencial consiste en mantener á los adeptos en un estado de elevación constante, de extatismo rígido y de pura abstracción. Las legiones de adheridos á esta Hermandad, que llegan á convertirse en verdaderos iluminados, acaban por

adquirir un fanatismo cerrado y frío que los hace absolutamente irreducibles.

La Orden asiática de los "kjeluatya", cuyos fundadores fueron el persa Abu I-Khassem-El-Yueddi y Omar El-Kjeluati, es una Cofradía de solitarios, de retraídos místicos, inspirados en las máximas de recogimiento y de oración de Es-Senussi, y aunque esta Orden tiene más extensión en Oriente, es, sin embargo, importante en el Mogreb, porque á ella pertenecen los cultos, los intelectuales marroquíes, que han hecho sus estudios en Argelia, en Egipto ó en Siria.

La más popular de las Cofradías mogrebíes es, sin duda, la de los "ais-sauas", fundada por Sidi Ben Aissa, de Mequínez, santo varón reputado como teólogo preclaro y como tauma-

turgo prodigioso. Esta Orden ejecuta las prácticas más salvajes del ascetismo, las más violentas extravagancias y las más bárbaras monstruosidades. Los hijos de Ben Aissa, alucinados, hipnotizados por las danzas rituales, por los obsesionantes sonos de las gaitas y atambores, por la terrible fiebre religiosa, devoran serpientes, animales vivos, y las derivaciones de esta Orden, las Cofradías de "Janduchis" y "Jammachas", se clavan agujas en los ojos, se pinchan la lengua, se dan formidables hachazos en el cráneo hasta caer al fin cubiertos de sangre y aullantes de ferocidad. Estas Ordenes, que cuentan con una tan vasta cantidad de adeptos, halagan los instintos crueles de la raza y son quizá las que poseen un prestigio más persistente y más vibrante.

Otra Cofradía importantísima es la de los "derkaua", fundada por Sidi Larbi Derkaui, muerto en la zauia de Bu-Brij, en las cercanías de Fez, en la Yebala. Esta es una Orden de mendigos peregrinos, cuyas normas supremas consisten en la imitación de los santos Abu-Berk, Omar ben-el-Kjettab, Abi Talib, Abu Joreira y Aissa (Jesús). Los afiliados á esta Orden practican con la severidad más implacable los principios de su regla y tienen en todo el Imperio una veneradísima reputación de santidad.

La Cofradia de los "kadriyya", que se extiende desde el Mogreb hasta la Malasia, fué fundada por Sid Abdelkader El-Yilani y posee el doble carácter de Orden consagrada á la caridad y á exaltar el espíritu del Islam, oponiéndose á todo contacto con las

influencias destructoras de Europa. A esta Cofradía pertenecieron El Majdi, legendario caudillo de Kjartum, y el famoso y terrible Ma-el-Ainim.

Existen, además, las Cofradías de los "tidjaniyya", de los "ayiniyya" y la de los chorfas de Uassan, llamada de "Tujamiyyi", y todas ellas se dedican, especial y preferentemente, á la activísima propaganda política.

En estas Ordenes, que participan del carácter místico, guerrero y político, radica todo el alma mogrebí y la potencia tradicional y conservadora de este secular Imperio, enemigo de toda evolución y de toda influencia que perturbe ó debilite el puro credo del Islam.

No hay que indicar, pues, que la más rudimentaria política aconseja el detenido estudio de estas potentísi-

mas fuerzas de reacción, y muy principalmente de los medios más hábiles y diplomáticos para atenuar, desvanecer y extinguir este misticismo intransigente y hosco que anquilosa y paraliza todas las energías mogrebíes.

Y claro está que con métodos violentos, con imposiciones arbitrarias, con ásperas durezas, no se consiguen las evoluciones espirituales.

El problema mogrebí es más arduo de lo que á improvisados dictadores de opereta les parece, y requiere una preparación muy sutil, muy madura, muy fría y muy poco en consonancia con nuestro afán de exhibición, con nuestra ligereza y con nuestras impulsividades.

Y es desolador que á los muy contados técnicos en cuestiones mogrebíes se les excluya de toda ingerencia

en el orden oficial, y, en cambio, se regalen con encantador desenfado cátedras de estudios marroquíes á honorabilísimos señores que ni estuvieron jamás en el Mogreb, ni realizaron nunca una investigación interesante y práctica.

ORIENTACIÓN ABSURDA

Resolver de algún modo el problema del Mogreb parece ser la preocupación más aguda y punzante de nuestros políticos directores; pero es el caso, que el problema se sostiene con tensa rigidez y que de tal modo se encuentra planteado, que podrá tener interrupciones, aplazamientos indefinidos, pero nunca soluciones categóricas y precisas.

Con un sistematismo, con una intransigencia, con una irreflexión, con una indocumentada arbitrariedad, de todo punto incomprensibles en un país moderno que aspira á desenvol-

verse politicamente, y que ha tenido además largos años para prepararse y adiestrarse en la vasta empresa africana, hemos procedido en esta capital y vitalísima cuestión, y cuando no hemos sino obtener el fruto lógico y natural de nuestro medioevalismo, de nuestros procedimientos de gobierno, iguales á los de aquellos príncipes de la Iglesia que con tan bizarro y noble celo realizaron la extraordinaria labor de aniquilar tantas energías hispánicas y destruyeron aquella divina Gárnata, que fué, como Atenas, una cumbre de oro, queremos, con fácil optimismo, con acomodaticia oportunidad, poner fin y remate al doloroso problema, no al llegar su término necesario, sino cuando á nosotros, quebrantados y maltrechos, se nos antoje.

Y ni es esta la alta política que de-

be desarrollar una potencia que tiende á una actuación firme y definida en el conjunto internacional, ni, además, puede tener alcance práctico, persistencia eficaz, realidad despejada y concluyente.

Todo cuanto se haga continuando la ruta seguida hasta aquí, y en tan infortunada hora trazada por el exministro de Estado Sr. Navarro Reverter, será transitorio, circunstancial, fragmentario, incongruente.

La morbosidad existe dura, honda, latente y viva, y aunque se consigan relativas mejorías de momento, normalidades puramente de apariencia, el mal subsiste sin atenuaciones, dispuesto á reaparecer acerbo y recio en toda sazón adecuada.

Es principio consagrado en las artes del colonismo que en la dominación

moderna de un país debe emplearse la menor cantidad posible de métodos guerreros, pues con hostilidades enconadas no se llega á un fecundo acercamiento.

¿Qué hemos hecho para conjurar racionalmente la pesadumbre de esta áspera guerra africana? Hemos exacerbado con nuestra política especia-
lísima la acometividad de unas tribus ricas y sedentarias, más dadas al cultivo de los campos que á las violencias cruelísimas de la campaña; hemos considerado como bandidos vulgares á caudillos de relieve, profunda y prestigiosamente influyentes, y cuya cooperación pudo sernos preciosa-
mente útil; hemos creído puerilmente que la sola presencia en el Mogreb de nuestras tropas mal dirigidas, sin un luminoso y alentador plan de acción,

bastaría para darnos una de esas imposibles victorias románticas y estruendosas; hemos incendiado aduares; hemos destruído frondosas huertas y abundantes sembrados, y los desventurados moros de la Yebala no han visto de la tan decantada protección hispánica sino la explotación, el odio, la ruina y la muerte.

Sin la más leve protesta de los complejos elementos indígenas fuimos á Tetuán, la santa, la hechizada ciudad de tan esclarecido abolengo hispano, la insigne corte mogrebí, que debía resucitar la más bella, la más genuína, la más ilustre de nuestras tradiciones artísticas; y en vez de museos hemos fundado tabernas; en vez de escuelas, mancebías; en vez de centros de comercio y de cultura, figones inmundos.

Pudimos haber llevado á nuestra zona contingentes de colonización aptos, dotados de capital ó de sentido industrial, capaces de mejorar por su esfuerzo la situación del país y de despertar afición hacia la tutela hispana, y hemos preferido, por el contrario, trasladar una emigración parasitaria, que necesariamente ha de adherirse como yedra al organismo moro para absorberlo y devorarlo.

Por otra parte, si se pretende ejercer sobre el moro, versadísimo en la pureza de la doctrina islámica, un elevado prestigio y una seria influencia, es de todo punto indispensable llevar á su espíritu la saludable convicción de que se le administra y dirige con la severidad más estricta é inmaculada, y claro es que continuar los oscuros, ambiguos y arbitrarios proce-

dimientos majzenianos no es el medio más indicado para atraerle eficazmente.

El mogrebi lleva tantos años de no ver á España sino á través de las rapacidades de los explotadores y de los cañones de los acorazados, que, naturalmente, desconfía de toda ingerencia con justificadísimo recelo. Si á nuestros deplorables métodos colonistas añadimos el clásico y bárbaro *odio al infiel marroquí*, la peregrina teoría de que el moro es un excepcional producto despreciable, que ni puede ni debe ser tratado más que á latigazos, con aquel aire infanzón y altivo de los hidalgos y fanfarrones cristianos viejos, no podremos extrañarnos de que la realidad no sea para nosotros un gentil y florido camino de rosas.

El moro, además, tenazmente tradi-

cionalista, férreamente apegado á todo lo que integra el genio de su raza y el alma de su ley, necesita, si se le ha de conducir inteligentemente, un respeto pleno, absoluto, para sus hábitos seculares, para sus viejas y santas mezquitas; para sus veladas mujeres, para el misterio de sus casas, para sus leyendas milenarias, para todo, en suma, lo que forma, lo mismo en el Mogreb que en el lejano Oriente, la inmutable característica islámica, y si los *protectores*, en vez de una política comprensiva de tolerancia, de cortesía, de mesura, emplean la mofa, el donaire, ni muy oportuno ni muy ingenioso, la indiscreción y aun la violencia, convendremos igualmente en que no es esta la manera más fácil de alcanzar el éxito.

Hay que tener muy en cuenta que el

africano piensa inevitablemente que son elementos extraños á su tierra, á su raza, á su religión, á su idioma, á su modalidad espiritual, los que han de ejercer en el Mogreb una misión tanto de protectores como de dominadores, y es lógico que si la tutela no se ejerce con cautelosa sabiduría, con habilísimo tacto, con precisa y orientada consciencia, la rebelión se mantenga viva y encendida en la entraña del país.

Definamos, pues, resueltamente nuestra actuación, y sepamos categóricamente si nuestra misión ha de ser de conquistadores ó de protectores; y si ha de tener este último aspecto, rectifiquemos noblemente toda la política seguida hasta aquí, acabemos esa guerra que extenúa inútilmente á España, tratemos á los mogrebíes, no como

á salvajes seres inferiores, sino como á hermanos menores que necesitan el auxilio de nuestra fuerza más plena y de nuestra razón más madura; en una palabra, seamos civilizadores y no destructores.

Habrá patrioterros que loen pomposamente nuestra acción y que pregonen con voces estridentes que nuestra obra es estupenda; pero los que tenemos una visión más fría y más justa de la realidad, creeremos con absoluta convicción que, de no hacer un alto en esta extraviada ruta, se repetirá fatalmente entre las titánicas montañas de Africa el trágico, el inolvidable desastre de America.

RIQUEZA MINERA

Prescindiendo de la inmensa riqueza agrícola detenida y paralizada en esta pródiga zona tetuaní, existe otra fabulosa cantidad de riqueza, apenas entrevista, y que intensamente desarrollada constituiría por sí sola la base de una maravillosa y radicalísima transformación de este país; esta riqueza sin vitalidad actualmente es la minera.

Durante muy largo tiempo sólo los españoles, totalmente familiarizados con los moros indígenas, pudieron darse cabal y exacta cuenta del soberbio porvenir de esta región miste-

riosísima; ellos cultivaron la tierra y y ellos recorrieron estas bárbaras montañas titánicas; pero ellos trabajaron la tierra con el mismo rudimentario sentido de nuestros clásicos siervos de la gleba, y recorrieron los montes con muertos ojos ciegos.

Absurdas intransigencias del Magzen por una parte, negándose á la cesión de terrenos mineros, y por otra eternas pasividades nuestras, han dado lugar á que el tiempo transcurriera inútilmente, sin realizarse ninguna labor eficaz y práctica.

Aunque lentamente y con toda suerte de entorpecimientos, el Magzen ha evolucionado en el sentido de facilitar concesión de explotaciones, y como natural y lógica consecuencia, han surgido algunas Empresas alemanas y francesas que comienzan á ha-

cer detenidos análisis y minuciosos estudios en toda la zona tetuaní.

Que la zona minera desde Ceuta á Tetuán es muy compleja y nutrida, es una realidad concienzudamente demostrada.

Recientes estudios geológicos nos han revelado, debajo de Beni-Salah, grawaka fina con indicios de galena; criaderos de cobre, en Beni-Messala, y minas de antimonio, en este mismo paraje y en el valle de de Kenatorr.

En las montañas de Cuitán, cuyo vasto conjunto ofrece un interés extraordinario, se aumentan considerablemente los criaderos metalíferos; consisten éstos generalmente en filones enclavados en medio de la grawaka, y muy frecuentemente en las areniscas devonianas. Las gangas se componen de un cuarzo calcedonio muy

tenaz de sulfato de barita laminar y de hierro espático; acompañan al cobre piritoso y á la galena argentífera.

Al Oeste de Dar-Marrot existe también un filón de cobre muy semejante al de Cuitán por sus caracteres mineralógicos, y en las montañas de Beni-Salah han aparecido indicios de filones de plomo argentífero.

Cerca de Ceuta, en la zona litoral, existe un depósito de serpentina enclavado en los esquistos micáceos y que extiende ramificaciones que se han cortado en un pozo de investigación. Esta ramificación ofrece la singular particularidad de estar impregnada de cobre piritoso, cuya abundancia aumenta en razón de la profundidad.

En Beni-Messala y en Kenatorr, principalmente, hay grandes criade-

ros de antimonio, yacientes ambos en la caliza siluriana, y que no difieren sino por su potencia y por la abundancia relativa de su ganga cuarzo-sa. El antimonio sulfurado es de una compacidad admirable, y sólo hacia el plano de contacto con la ganga se encuentra mezclado con cuarzo.

Los afloramientos que se perciben en el valle de Kenatorr se manifiestan por masas amorfas de cuarzo blanco, penetradas de sulfuro de antimonio granudo.

En las proximidades de Tetuán han sido descubiertos los criaderos de hierro en óxidos de Klahim, de los que intenta apoderarse la Compañía alemana de Manessman; los de Beni-Madan, de arenisca impregnada de carbonato de cobre, que fueron concedidos por Muley-Hassan á Bu-Der-

ba, y que hoy explotan unos mineros tunecinos; los de Beni-Said, de la misma constitución geológica, actualmente en poder de la Casa alemana Langenheim, y los del llano de Tartucha, en que aparecen muy señalados afloramientos de galena.

En una palabra: que el porvenir minero de esta zona tetuaní sera verdaderamente espléndido en cuanto una indistria vital lo anime con profundo impulso.

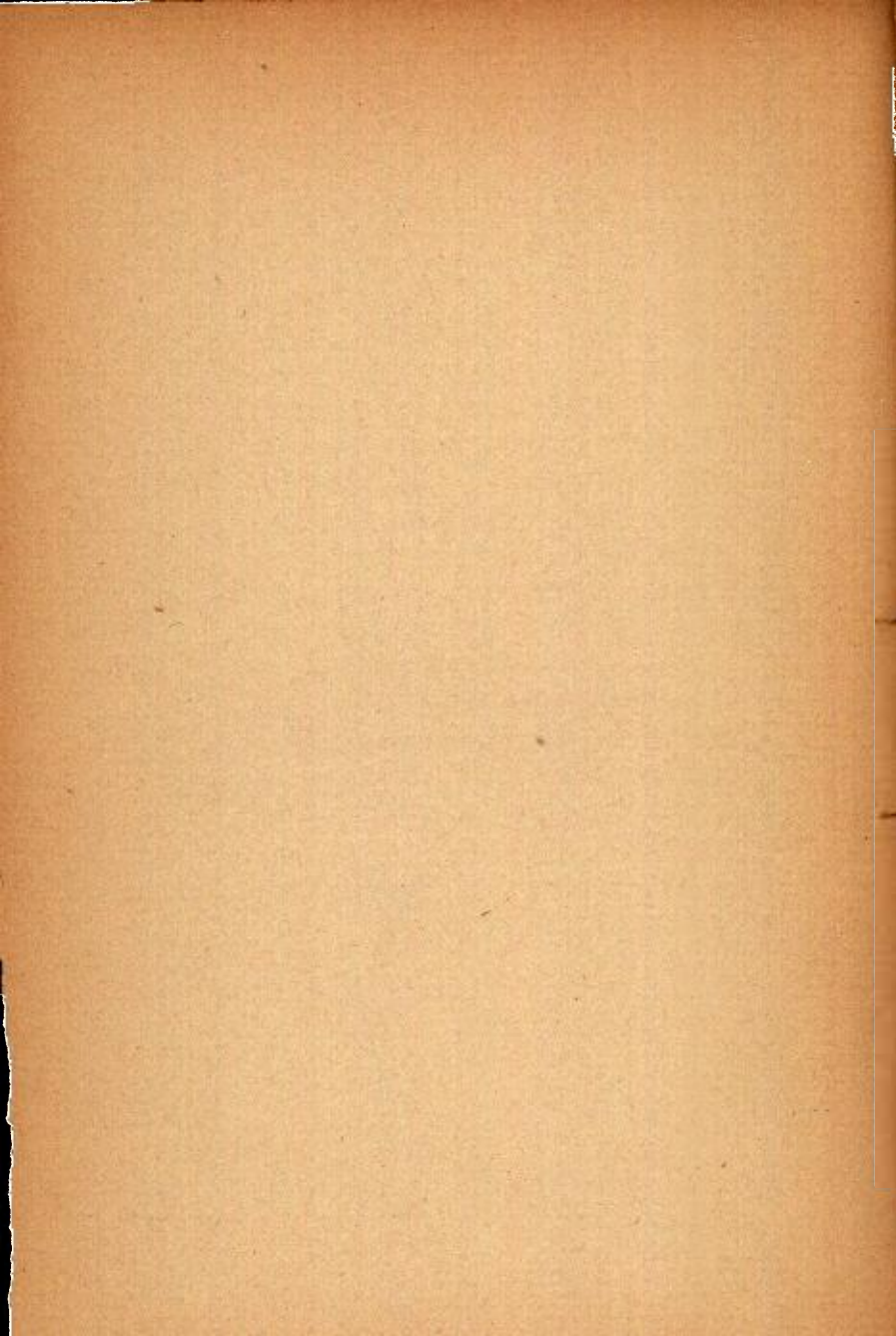
La materia prima existe, sin duda alguna, con enorme potencia, y un estudio hecho sabia y escrupulosamente, descubriría amplia y claramente las positivas fuentes de explotación y los medios más eficaces de encauzar sus corrientes.

Por deducción absolutamente lógica y por necesidad política, si se ha



de contrarrestar la acción dominadora de las otras potencias, España debiera ser el centro motriz de esta explotación, que, por otra parte, habría de constituir un vivo manantial de nuevas energías para nuestra débil industria; pero, lo mismo que para los demás órdenes de influencia, es indispensable la rápida actividad, el esfuerzo inmediato y decisivo.

De continuar nuestra actual é impremeditada política de indiferencia y de lentitud, se nos habrá ido de las manos uno de los aspectos de riqueza más sólidamente firmes, más fuertemente vitales.



LAS ASOCIACIONES



Recientemente, un colonista ilustre de la bizarra legión francesa de exploradores del futuro, M. Colliez, ha publicado un interesante estudio comentado con mucho elogio por la Prensa colonial por lo sutil de sus observaciones y por la abundante riqueza de su doctrina. En el vasto renacimiento imperialista de Francia, todas las obras que tienden al acrecentamiento, á la amplificación del ideal nacional, alcanzan el más alto y ferviente calor de opinión y se convierten en serenas y fundamentales normas de políticos y de colonizadores. En nuestra patria,

donde ni existen teorías colonistas ni especie alguna de ilustración acerca de aspectos tan transcendentales de la política moderna, preferimos sufrir toda suerte de fracasos y lamentables descalabros antes de ajustarnos con fría y fuerte disciplina á un método inteligente y claro, producto del análisis y de la penetrante investigación.

El estudio de M. Colliez, dedicado á las Asociaciones agrícolas en el Mogreb, plantea un problema de tal medula, que sólo su enunciación basta para despertar una viva y activísima corriente de interés, y para que á todo trance sea preciso afrontarlo con resuelto impulso y con segura orientación.

Hasta los momentos actuales, los europeos que no podían directamente hacerse propietarios en el Mogreb,

necesitaban acudir forzosamente á intermediarios indígenas que se prestaran á tales fines, y como éstos, lógicamente, eran encarnizadamente perseguidos por las autoridades locales, fué preciso, para contrarrestar este anómalo estado de cosas, que las potencias extranjeras intervinieran decisivamente, declarándose protectoras de esos elementos indígenas, auxiliares de sus jurisdiccionales.

Tal fué el origen del régimen de protección que se aplicó de dos modos distintos, y que tuvo diferentes transformaciones y gradaciones sucesivas. En un principio los llamados *semsares* disponían de una protección extensísima y sin especie alguna de restricción; aparecían totalmente asimilados á los europeos, no pagaban los impuestos regionales y estaban sometidos

dos á la jurisdicción de los Tribunales consulares, y en un término más secundario, los que eran simplemente asociados agrícolas poseían una protección más limitada y solamente en la medida de su asociación con el europeo.

Este régimen dió lugar necesariamente al desconcierto más enmarañado y difícil, pues para huir de los impuestos arbitrarios y de las duras opresiones magzenianas, los indígenas solicitaban con incansable tenacidad el título de protegidos, y los especuladores europeos explotaron hábilmente, y durante largo tiempo esta laberíntica situación, dándose el caso curiosísimo de que en algunas regiones no muy extensas existían unos diez y ocho mil protegidos para una colonia de cinco mil europeos próximamente.

Tal insostenible anomalía, que solamente la anárquica incoherencia mogrebí ha podido sostener, ha de tener un rápido término y una decisiva transformación, aunque tendiendo siempre á dar un carácter de continuidad á las Asociaciones entre indígenas y europeos.

Las principales Asociaciones de esta índole son las concernientes al cultivo y á la cría de ganado. En las Empresas comunes dedicadas al cultivo se facilitan al indígena las sumas necesarias para la adquisición de ganado, de utensilios y de simientes, y el comanditario conviene con su asociado en percibir anualmente una determinada parte de la recolección. En algunas regiones del Mogreb, los propietarios europeos emplean en los trabajos á los elementos indígenas,

reservándose las tres cuartas partes de la cosecha.

Las asociaciones encaminadas á la cría de ganado, en algunas regiones como el Garb ofrecen, en los momentos actuales, un extraordinario interés palpitante, pues el valor de la ganadería se ha cuadruplicado en estos últimos tiempos, y hoy constituye, sin duda alguna, uno de los negocios más sólidos y más productivos. Esta empresa debe ser estudiada por nuestros especuladores con atención singularísima y debe ser planteada con rápida diligencia antes de que los ganaderos franceses la absorban totalmente.

Desde luego debe procurarse á todo trance que las Asociaciones agrícolas sobrevivan á la supresión de las protecciones, por la serie de ventajas

prácticas que proporcionan á la colonización.

Es de esperar que, garantidas las propiedades y asegurado su libre dominio por nuestra administración, los indígenas no se desprenderán de sus tierras ó no lo harán sino muy difícilmente y en último extremo, y en estas condiciones el medio de impulsar con vasto esfuerzo la colonización y de obtener seguros é indispensables beneficios, es mantener vitalmente las asociaciones.

Por otra parte, el fecundo y poderoso esfuerzo europeo aumentará inmensamente la producción de las tierras, ampliando considerablemente su valor, y de este enorme progreso participarán extensamente los indígenas, no sólo por el gran caudal de riqueza que representa la propiedad de unas

tierras en su máxima producción, sino porque los salarios aumentarán también en la misma medida, beneficiando profundamente á la numerosísima población trabajadora que hoy emigra periódicamente á las zonas argelinas.

Una vez más repetiremos con infatigable tenacidad que el Mogreb no puede ni debe ser en modo alguno un país de conquista y que nuestra política no ha de basarse en la destrucción, sino en la creación.

La agricultura mogrebí puede ser una fuente soberbia de ingresos para la metrópoli si empleamos métodos de adaptación y de asociación inteligentes y equitativos, entendiéndose que las grandes Empresas acaparadoras perjudican extraordinariamente al interés regional y al interés nacional, y que el Gobierno debe ayudar con

eficaz auxilio á las entidades particulares que forman sociedad con los indígenas.

Y sobre todo, en este aspecto de nuestra influencia, como en todos los demás, debe existir una consciencia de acción tan hecha de seguridad como de transparencia, tan nutrida de doctrina como accesible á la opinión. El Gobierno debe saber cuál es la finalidad de su obra en el Mogreb, y el pueblo ha de saber también cómo ha de cooperar á la alta acción política y colonial.

Aunque en este nuestro país bizarro y alegre de la paradoja y del contrasentido se pueda dar el caso entretenidísimo de que uno de esos minúsculos africanistas circunstanciales asegura que el Sr. Navarro Reverter se muestra disconforme con la políti-

ca del Gobierno en Africa, cuando todos nuestros desastres actuales dependen única y exclusivamente de la falta de orientación y del desconocimiento del problema del anterior y funestísimo ministro de Estado.

FIN

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Tetuán.....	7
El rumbo mogrebi.....	15
La guerra.....	25
Las kábilas combatientes.....	37
Solución.....	53
El mogreb militar.....	67
Nuestra leyenda.....	81
Política nueva.....	89
Sistema francés.....	101
Acción estéril.....	113
Las órdenes militantes.....	125
Orientación absurda.....	141
Riqueza minera.....	153
Las asociaciones.....	163